

A black and white portrait of Gabriela de Frígola, a woman with dark hair styled in an updo, wearing a dark, patterned dress and a necklace. She is looking slightly to the right of the camera.

19^è i 21^è
Premis de relats
breus per a Dones

GABRIELA DE FRÍGOLA

Recull d'obres premiades



19è i 21è
Premis de Relats Breus Gabriela de Frígola

Tenim a les mans una nova compilació dels relats guanyadors i finalistes de les dues últimes edicions del concurs de relats breus per a dones que organitza l'Ajuntament de Sant Joan Despí, per tal que puguin ser gaudits per tothom. L'escriptura és un vehicle de comunicació que facilita expressar tot allò que portem molt endins, i aquest premi permet promoure la participació i la creativitat literària de les dones.

El concurs porta el nom de Gabriela Frígola, en homenatge a qui va ser mestra de les escoles nacionals a Sant Joan Despí i lluitadora per un ensenyament digne.

Un concurs literari ja plenament consolidat a la nostra ciutat, amb les 20 edicions celebrades, i que suposa un espai de creació per a les dones i una eina de reflexió i sensibilització envers les desigualtats i discriminacions que, malauradament, encara viu la dona en molts àmbits.

Estic convençuda que aquesta és una acció que, de manera conjunta amb moltes d'altres que es duen a terme a la ciutat, ha de contribuir a seguir fent camí cap a una societat amb total igualtat.

Desitjo que gaudiu molt dels relats.

Belén García

Alcaldessa de Sant Joan Despí

Edita

Ajuntament de Sant Joan Despí

Impressió:

Formura

Dipòsit Legal:

B-9226-2002

Relats breus
Any 2019

Composició del jurat 19è Premi - Any 2019

PRESIDENTA

Margi Gual

Tinenta d'alcaldia i regidora d'Acció Social i Polítiques d'Igualtat de l'Ajuntament de Sant Joan Despí

ALTRES MEMBRES

Belén García

Primera tinenta d'alcaldia i regidora de Planejament Urbanístic, Sostenibilitat Ambiental, Mobilitat i Habitatge de l'Ajuntament de Sant Joan Despí

Judith Viñas

Directora de la Biblioteca Mercè Rodoreda de Sant Joan Despí

Dolors Pedrol Claramunt

Professora i cap del Departament de Llengua Catalana de l'Institut Salvador i Pedrol de Sant Joan Despí

Glòria Alcacer

Esriptora i representant del Racó de Dones Esriptores de Sant Joan Despí

Roser Lleixa

Esriptora i representant del Racó de Dones Esriptores de Sant Joan Despí

Llum Torrens

Esriptora i representant del Racó de Dones Esriptores de Sant Joan Despí

Laura Bosque Lafarga

Administrativa al Pla d'Ocupació de l'Ajuntament de Sant Joan Despí, actriu, cantant i lectora

I actuant com a secretària

Rosa Baixas

Cap d'Acció Social i Igualtat de l'Ajuntament de Sant Joan Despí

Obres premiades
2019

Primer premi, Escriptora de Sant Joan Despí

Homo, homini lupus

d'Elvira Toro Frías

Primer premi, Escriptora de fora de Sant Joan Despí

Adiós, Paco

d'Eva Maria Pelegrí Margelí

Primera finalista

Enxarxada

de Mireia Duran Overbeeke

Segona finalista

Les dents de llet

de Jennifer Rodà Casado

Tercera finalista

Nadar con delfines

de Marta Lacruz Algarate

Quarta finalista

Rehacer el camino

de Maria Rosa Bastante Ribes

Aquella mañana de noviembre me despertó el sonido del teléfono. La voz al otro lado me ofrecía cubrir una vacante de profesora en un colegio a muchos kilómetros de mi hogar. Tenía que presentarme en el lugar en un plazo máximo de tres días. Todo el esfuerzo y sacrificio que había supuesto para mí aprobar las oposiciones había valido la pena. Aquella era mi primera gran oportunidad profesional y no pensaba dejarla escapar. Tratando de contener las lágrimas de alegría acepté el trabajo. No necesitaba pensarlo demasiado, aquel era mi sueño y estaba a punto de hacerse realidad.

Desayuné de pie mientras enviaba mensajes de voz con la noticia a mis seres queridos. Estaba tan emocionada que no paraba de revisar la pantalla de mi iPhone con la esperanza de recibir alguna respuesta, pero, para mi desencanto, el móvil enmudeció. Todos estaban trabajando.

Decidí centrar mis energías en buscar solución a dos de los problemas más inminentes: encontrar un medio de transporte que me llevara a mi nuevo destino y conseguir un lugar digno donde dormir al menos durante los primeros días. Todo ello en menos de cuarenta y ocho horas.

Aficionada a viajar, siempre que el presupuesto me lo permitía, conseguir un billete de tren a un precio razonable me resultó fácil. Mi novio, Javi, solía bromear con la idea de que mi dominio de los buscadores de viajes low cost era digno de ser mencionado en mi currículum. Solucioné el asunto del alojamiento reservando tres noches en una pensión cercana al colegio donde trabajaría con la idea de buscar algo más definitivo a mi llegada.

Las siguientes horas transcurrieron entre los preparativos del viaje y despedidas. Mi familia entendió lo importante que era para mí aquella ocasión, pero eso no hizo más sencillo el momento de decir adiós. Odiaba pensar que durante unos meses no estaría presente en sus vidas, al menos no de manera física. Entendía que, a pesar de la variedad de maneras de comunicarnos que nos brindaban las nuevas tecnologías, me perdería los momentos de risas compartidas ante el televisor, las charlas informales durante las comidas y todas esas pequeñas cosas que ocurren en el día a día. No solo me distanciaría de mi familia, también me alejaría de Javi. Nunca había estado tanto tiempo separada de él y eso me entristecía. Pero esas renunciadas eran muy poco en comparación con el resto de una vida juntos, o al menos así nos lo planteamos nosotros. La distancia reforzaría nuestro amor o eso queríamos pensar. Algún fin de semana él vendría a verme y las Navidades estaban ya muy cerca. Quizás a mi regreso, tras

cubrir esa plaza me asignarían un destino más cercano a mi hogar, a lo mejor un lugar de trabajo más estable y así en un futuro podríamos plantearnos la opción de vivir juntos y ser padres algún día.

A pesar de lo agotada que me habían dejado las intensas emociones que había experimentado el día anterior, hice el trayecto en tren sin poder dormir. El cansancio corporal se contrarrestaba con la hiperactividad de mi mente. Dedicué el camino a escribir en mi inseparable libreta ideas que utilizaría en las primeras clases. Durante horas fantaseé sobre cómo sería mi nuevo trabajo y sobre las posibles dificultades a las que tendría que hacer frente al ser la nueva docente. Mi mente iba a mil por hora y, sin embargo, aquel maldito tren parecía no querer llegar nunca a mi destino.

Una vez en la estación decidí coger un taxi hasta la pensión, el cansancio y el peso excesivo de mi equipaje me hicieron desistir de la idea inicial de ir en un autobús de línea. Cuando llegué caía la noche, así que dediqué el tiempo justo a deshacer un poco las maletas, darme una ducha, cenar algo ligero y llamar a los míos para avisarles de que había llegado bien. Estaba citada a primera hora de la mañana con la directora del colegio y quería darle una buena impresión. Sin prestar demasiada atención al entorno me metí en la pequeña cama de sábanas rígidas, pero con olor a limpio, con la esperanza de que unas horas de sueño mejorarían mi aspecto cansado.

Madrugué, aunque mi cuerpo exigía unas horas más de descanso. Estaba nerviosa. No fue fácil encontrar ropa que diera la imagen que yo buscaba. Con las prisas del traslado no había pensado demasiado en el vestuario. Eché en falta mi camisa roja favorita. Anoté en mi lista de cosas pendientes cogerla el primer fin de semana que pudiera escaparme a casa. Tras un desayuno rápido, seguí las indicaciones de la dueña de la pensión y en menos de cinco minutos estaba frente a la entrada del edificio de mi nuevo trabajo. La directora de la institución, Isabel, me recibió con actitud cercana, dándome dos besos en las mejillas. Durante más de una hora hablamos de forma animada sobre los orígenes de la escuela, el perfil del alumnado, la línea educativa, mis funciones, los horarios y todo aquello que creyó que ayudaría a situarme. También sobre otros temas más personales como, por ejemplo, el lugar donde me alojaba. Cuando le dije que me hospedaba de modo temporal en una pensión, Isabel me pasó el contacto de una profesora. Según me comentó, esta compañera tenía una pequeña casa en un pueblo muy cercano que quizás podría alquilarme a un precio razonable. Agradecí la información y prometí que contactaría con ella esa misma tarde. La charla fue amenizada por un recorrido guiado a las instalaciones del edificio y por la presentación del profesorado disponible en ese momento. Aquel sitio tenía el encanto de un lugar de trato familiar,

aunque el edificio mostraba signos evidentes del desgaste producido por el paso del tiempo. Al finalizar mi visita, el patio estaba repleto de niños y niñas de diferentes cursos. Las risas, los gritos, el sonido de una pelota golpeando el suelo me transportaron a mi propia infancia y me recordaron a mi profesora Enriqueta, que, sin saberlo, despertó en mí el deseo de ser maestra algún día. A mi regreso contactaría con ella, estaba segura de que se sentiría muy orgullosa de mí cuando supiera que había seguido sus pasos.

Aquella tarde de viernes, tal y como me había comprometido, contacté con Marga, la profesora de historia. La combinación de su tono de voz agudo y su cerrado acento andaluz me resultó encantadoramente cómica. A los cinco minutos de conversación había sido «adoptada» por ella. Pasé parte del fin de semana en su compañía. Su voz casi infantil contrastaba con la mujer de tamaño extragrande, bonachona y amigable que descubrí cuando nos conocimos en persona. Además de estar dispuesta a alquilarme su «pequeño cortijo», como lo llamaba, Marga se ofreció a enseñarme algunos de los parajes de la zona que consideraba de interés para una recién llegada como yo.

Mi nuevo hogar estaba en un pueblo cercano, a pocos kilómetros de mi lugar de trabajo y muy bien comunicado. A dos calles de distancia había una parada de autobús que me dejaba a pocos metros del colegio. La casa no estaba en sus mejores condiciones, llevaba un tiempo cerrada a la espera de hacer reformas, pero estaba amueblada, algo muy necesario para mí en ese momento. El vecindario parecía tranquilo. La calle estaba llena de casas de fachadas de un blanco reluciente, pequeños balcones con macetas y platos decorativos en la puerta de entrada. A ratos, era fácil ver algún vecino sentado en la puerta de su casa hablando con otras personas o simplemente viendo la vida pasar. En mi pueblo de origen también había costumbre de sacar las sillas a la fresca en las noches de verano, aunque en pleno mes de noviembre allí habría resultado impensable. El cálido invierno que azotaba el sur aquel año y el aburrimiento parecían justificar la presencia en la calle de aquellas personas.

El sábado por la tarde, Marga me ayudó a instalarme. La llegada de una desconocida con maletas fue la comidilla del barrio. Aún recuerdo esa sensación de ser el centro de las miradas furtivas del vecindario. Ella, con sus grandes dotes de anfitriona, me presentó a los vecinos que nos fuimos encontrando. Aunque no me lo dijo, me pareció evidente que, de ese modo, trataba de evitarme situaciones futuras incómodas y me garantizaba toda la normalidad que se puede dar a una mujer joven recién llegada a un pueblo. Mi vecina de la casa de al lado me recordó mucho a Marisa, la carnicera de mi localidad; ambas tenían la misma actitud nerviosa y, aunque no pude consultar mi reloj, juraría que las dos eran capaces de plantear casi el mismo número de preguntas

por minuto.

En mis viajes siempre me había sorprendido la sensación de anonimato que ofrecen las grandes ciudades. Para otros era lo habitual, pero en mi realidad nunca fue fácil pasar desapercibida. Fui consciente de ello por primera vez cuando, hace ya muchos años, Javi y yo, hasta entonces amigos desde niños, empezamos a salir juntos. Aquella noticia llegó a mis padres con tanta rapidez que no pude hacer más que confirmarlo. Aunque reconozco que a una parte de mí le seducía la idea de vivir siendo una total desconocida, en general, me gustaba esa sensación de seguridad, de estar a salvo, que ofrecía vivir en un entorno tan controlado por las miradas ajenas. Por este motivo, me resultó fácil entender que durante un tiempo mi presencia sería el centro de interés de aquel lugar. A pocas puertas de mi nuevo domicilio un hombre observaba con gran atención nuestro ritual de presentaciones. Al pasar por su lado, Marga, casi sin mirarle, le saludó de forma fría e impersonal y no mostró ninguna intención de detener nuestro paso. Reconozco que la actitud de desprecio de ella y la mirada casi obscena de él llamaron mi atención. Aquello debió alertarme, pero pensé que era el fruto de alguna antigua riña entre vecinos. Siempre me costó reconocer la maldad en el ser humano.

Tras un domingo en el que pasé muchas horas pegada al móvil contando mis aventuras por tierras lejanas a familia y amigos llegó el gran día. Mi visita previa al colegio, conocer las instalaciones y a parte del profesorado, especialmente a Marga, hicieron que me sintiera más segura y confiada. Pero lo que más me ayudó fue poder poner cara y nombre a mis primeros alumnos. Había estado tan preocupada por la reacción que tendrían al conocerme, me había planteado la posibilidad de que sucedieran tantas situaciones catastróficas que había olvidado que solo eran niños y niñas con ganas de jugar y aprender. La realidad fue que enseguida me acogieron con gran entusiasmo y aceptaron mis propuestas con tanta facilidad que al finalizar la sesión me inundó una sensación de alegría indescriptible. Aquellas caras infantiles de felicidad dieron sentido a todas las decisiones y cambios precipitados que había tenido que asumir desde aquella llamada de teléfono que cambiaría mi vida para siempre.

Los siguientes días fueron un tiempo de adaptación, de empezar a ser consciente de mi nueva realidad. A veces me sentía invadida por la nostalgia y el deseo de regresar a mi hogar, y a ratos me parecía que estaba viviendo un sueño del que no quería despertar. En unos meses volvería a casa con los bolsillos llenos de historias que contar. O al menos eso creía yo.

En ese tiempo una mirada acompañó de forma insistente mis pasos, la misma que me observó en silencio el día que llegué a esa casa. El gesto de rechazo de Marga hacia

aquel hombre debió alertarme, pero yo jamás habría podido imaginar las oscuras intenciones que se ocultaban tras su forma de mirar. La vida no es como una la planea, al menos la mía no lo fue. Sin saberlo, cada una de las decisiones que había ido tomando me alejaban más y más del futuro que soñaba tener. Cuando era pequeña mis padres solían leerme cuentos antes de dormir. Había uno, en especial, que hablaba de un lobo. Ahora sé que hay lobos disfrazados de hombre, que caminan entre nosotros, que son hijos, padres, hermanos de alguien y que en secreto acechan a su presa. Y, aunque parecen inofensivos, son feroces porque menosprecian el valor de la vida humana.

La elegida fui yo, pero habría podido ser cualquier otra.

Esta historia no es solo mi historia, por eso mi nombre no importa, es la de todas aquellas mujeres que un día no volvieron a casa o no salieron de ella. Es la de los sueños robados, de las palabras pendientes que nunca pronunciaremos porque alguien nos arrebató la voz. La de todas las mujeres que van a trabajar de madrugada o vuelven de noche a casa con miedo porque nos enseñaron a temer los peligros de la oscuridad, en lugar de educar a otros en el respeto a la vida ajena. Es la de una sociedad que culpabiliza a las víctimas y genera manadas, que nos juzga por nuestra forma de vestir, pero convierte nuestros cuerpos en objetos de deseo. Esa que aún sigue discutiendo si el «no» de una mujer tiene matices en vez de cuestionar si el otro tiene derecho a imponer un «sí».

No habría un mañana para mí, no volvería a lucir aquella camisa roja que había olvidado en algún lugar de mi armario, nunca sabría lo que sería ser madre ni podría contactar con mi antigua profesora para explicarle cuánta pasión por la enseñanza inspiró en mí. No habría despedidas ni te quiero, solo el dolor de una ausencia tan injusta como innecesaria.

Yo solo quería cumplir mis sueños...

L'autora

Mis padres emigraron desde un pueblo de Granada (Loja) a Sant Joan Despí hace más de sesenta años. Esta ciudad nos ha visto crecer a mis tres hermanas, a mi hermano y a mí. Empecé de joven a escribir sobre las pequeñas historias cotidianas que me sucedían, pero nunca imaginé que algún día otras personas leerían mis relatos. Me siento orgullosa de ser miembro del Racó de Dones Escritores de Sant Joan Despí, un grupo de mujeres a las que nos une nuestra pasión por la escritura. Mis otras aficiones son la lectura, la fotografía y el teatro.

La llamaron del geriátrico Casaverde: «Falleció su marido. Sentidas condolencias». El asilo de ancianos caía bastante alejado de casa, pero era el más económico de la ciudad. Apenas pudo velar a Paco cuando llegó porque cerraban las puertas al público a las siete de la tarde. Consciente de que un taxi le costaría un dineral y dado que no andaba sobrada de dinero, se tuvo que resignar a esperar tres cuartos de hora hasta el siguiente autobús. «Total, ¿qué urgencia hay?», se dijo.

Por suerte, ya le tenían la urna preparada. «Lo siento. Me avisaron bastante tarde. No es culpa mía», se excusó. Pensó entonces que no debía haberle dicho eso. Al fin y al cabo, no tenía por qué disculparse. Más bien correspondía al hombre presentarle sus debidas condolencias.

Inicialmente habían dispuesto las cenizas en una urna decorada con finos dibujos geométricos que guardaba cierta semejanza con los frescos de la Grecia antigua. Luego, el conserje la fulminó con la mirada cuando solicitó que trasvasaran las cenizas a una urna barata de plástico. «Voluntad póstuma de mi esposo», se excusó nuevamente.

Por el momento, era como si su Paco no estuviera muerto. Después de que pudiera esparcir las cenizas, por el contrario, sería un asunto archivado y todo tomaría un aspecto más oficial.

La urna apenas pesaba nada. Paco se había vuelto prácticamente ingrávido. No podía evitar sentirse culpable. En el fondo creyó que debería haberlo cuidado ella en vez de aparcarlo allí. Pero vestirlo se convirtió en una faena irrealizable. La bañera le daba pánico. Después empezó a vagar sin rumbo y al final reaccionaba con una ira incontrolable. Luego, en un momento de lucidez, Paco le rogó que lo ingresará allí dentro. Y ahora, Paco había muerto solo.

«Cuando muera no quiero que me entierren. No se me ha perdido nada en el cementerio. Además, los nichos valen una barbaridad. Prefiero mil veces que mandes incinerarme y esparzas mis cenizas donde sea. No te pido que las lances al mar, ni que las deposites a la sombra de un ciprés. ¡Qué más da dónde me arrojes! ¿Qué puede importarme si en el fin todos paramos en el mismo lugar? Cuando muera seré polvo y no quedará nada de mí», le había repetido un millar de veces hasta que perdió la razón por completo.

Soledad se extrañó de que no quisiera reposar, como decía él, en el panteón familiar. No fue hasta más tarde que se enteró de que Paco no había querido renovar la titularidad y que ni tan siquiera la concesión «a perpetuidad» de los nichos era de por vida. De modo que sus difuntos consuegros, «Dios los guardase en su Gloria, pero que no volvieran»,

tendrían que compartir aquel cubículo con unos inquilinos ajenos a la familia, aquellos que la funeraria dispusiese. Quiso buscar el lado positivo, al menos no tendría que llevarles flores el día de los Santos Difuntos. «Eso que nos ahorramos, Paco. Además de tu velatorio», le habló a la urna.

¿Y qué le quedaba ahora?, se preguntó para sus adentros. Una urna llena de polvo y un hijo casado en la Conchimbamba. Ni tan siquiera había podido visitar a su nieto cuando nació. Tuvo que esperar cinco años para conocerlo porque Nueva York estaba muy lejos y el viaje costaba una fortuna.

Así, ahora que nada la ataba, pensó que sería el momento de hacerles una visita, pero el nieto ya tendría quince años y poco querría saber de una abuela que había visto en contadas ocasiones. Viuda a los sesenta y cinco, tampoco no se podía quejar. Paco no se había excedido ni en vivir demasiados años, los justos para afrontar los gastos de la residencia y, según él, dejarla «arregladita» para cualquier imprevisto.

Amigas casi no tenía, solo le quedaban las vecinas de toda la vida. Estaba Maruja, tan atenta siempre, que le ofrecía un vaso de agua y una silla para que reposase un ratito a medio trayecto de aquellos malditos ocho pisos sin ascensor. También tenía a doña Concha, con quien charlaba algunos ratos mientras tendía la colada en el terrado. Por lo demás, Soledad solo contaba con una compañera inseparable, la soledad de tantos vacíos del alma, con quien había tenido que aprender a convivir, como si tal nombre fuera un vaticinio de su porvenir. No le abrumaba ese pesar, sino el nuevo cauce que iba a emprender su vida. De repente, se le había hecho un nudo en el estómago: dependía totalmente de ella misma y se sentía aturdida, condenada a ver la vida desde su desprotegida trinchera.

«¡Ay, Paco!, ¿qué voy a hacer, ahora? No me sé estar. Son muchos años juntos, a punto estábamos de celebrar las bodas de oro. Otra cosa que te ahorraste. Otro disgusto del que me libré, porque estoy segura de que, aunque ya no estabas para muchos trotes, tampoco nos habríamos permitido una buena comilona después de renovar los votos. No me quejo de eso, si yo con cualquier plato me conformo. No tengo casi hambre y apenas guiso para mí. Ayer mismo, cené un yogur y una manzanilla para el disgusto».

Hacía una semana que tenía la urna en casa y aún no había salido a la calle. Suerte que Maruja vino a visitarla. No fuera que se hubiera muerto de pena, allí acurrucada como un pollito en el sillón, abrigada con tres mantas.

«No sería la primera persona a quien le pasa una cosa así. Acuérdate de Angustias, la del quinto cuarta», le dijo Maruja. Precisamente la había encontrado ella, casi descompuesta en el salón de su casa. Llevaba tres días postrada en la cama sin que nadie se hubiera

percatado de su ausencia.

De todos modos, tenía que llenar la nevera. Además, se le habían acabado las pastillas de la presión y la bombona de butano. Por eso Maruja se brindó a acompañarla primero al banco.

«¡Ay, Paco, perdida habría estado yo! Cerraron nuestra sucursal y tuvimos que andar cuatro manzanas para encontrar otra de la misma entidad. Y qué susto me dio el director cuando me hizo pasar a su despacho para ofrecerme no sé qué producto. Pensaba que me había quedado en números rojos. Hasta creí que me estaba engañando. ¡No veas los ojos que puso Maruja! Menos mal que nos ofrecieron agua del Carmen. ¡Qué gente tan atenta! Pensar que siempre decías que solo teníamos un rinconcito para la residencia... ¿Cuántos años pensabas vivir, Paco? ¡Cinco ceros acompañaban al ocho por la derecha! Aún cierro los ojos y visualizo los ochocientos mil euros de la libreta de ahorros. Con la de cosas que podríamos haber hecho...».

Soledad se lamentó por todo el tiempo perdido. Durante más de siete años se había desplazado religiosamente hasta aquel geriátrico de mala muerte que estaba a doce paradas de autobús de casa. Tres horas diarias perdidas en idas y venidas cuando enfrente tenían una residencia preciosa, acabada de estrenar. Era como si su dedicación no valiese nada, porque era gratis, como la tarjeta rosa del autobús. En cambio, Paco no reparó en lo que él denominaba «peccata minuta de un currante»: el carajillo al bar cuando pudo y el periódico mientras desayunaba. Con la jubilación llegaron las partidas de petanca y el Montecristo del número 2 que le colgaba de la comisura de sus labios. Mientras, Soledad metida en casa, procurando que no le faltase nada dentro de lo que se podían permitir, para que cuando Paco regresase tuviera todo como a él le gustaba. Y así había soportado estoicamente cada una de sus exigencias: que si el detergenteapestaba y solo podía fregar cuando entraba en el aseo, que si las croquetas tenían que ser caseras porque los platos precocinados eran un complot de las farmacéuticas para subir el colesterol y así aumentar sus beneficios...

«Ya me dirás de dónde lo sacaste, eso y los ochocientos mil euros. ¿Te tocó la quiniela? ¿Fue la lotería? En el bingo no lo ganaste porque nunca salías más tarde de las cinco. Bueno, nunca salíamos a ninguna parte. Cuando pienso que nos conocimos en el baile de la Fiesta Mayor... Intento recordar tu rostro de joven apuesto y, si no fuese por la fotografía de nuestra boda, sería incapaz. ¿Sabes?, a mí siempre me gustó bailar. Si supieras cuántas veces bailé con la fregona mientras escuchaba la música en la radio y tú te estabas afeitando en el baño... Aunque lo que no podré perdonarte es que no viajásemos a Nueva York cuando nació nuestro nieto. Dime: ¿qué me quedó? ¿Un hijo que apenas

reconocería y un nieto que nada sé de él? Tampoco tuve un gato que ronronease en mis rodillas. Lo sé, tú les tenías alergia».

Vació el ropero y puso la ropa de Paco en cajas para llevarlas a la parroquia. Luego volvió a recordar las palabras de su difunto esposo: «¡Qué más da dónde me arrojes! Cuando muera seré polvo y no quedará nada de mí».

No podía esparcir las cenizas al mar porque estaba determinantemente prohibido. Además, hubiera sido absurdo, puesto que Paco no había pisado una playa en su vida. O al menos que ella supiese. Tampoco no podía asegurar que existiese algún lugar que él hubiera querido visitar. Solo lo imaginaba deambulando por las calles del barrio, controlando las obras, vigilando meticulosamente el encaje de cada una de las baldosas de la acera y, si creía oportuno, echando broncas a algún que otro operario.

«¡Qué más da dónde me arrojes!», volvió a resonar en su mente. Fue entonces cuando se le ocurrió, quizás como una sutil venganza, acaso para cumplir su deseo póstumo. Allí donde estuviese Paco, no podría impedirselo.

Encargó la venta del piso a una inmobiliaria. Buscó un apartamento de alquiler, con ascensor, que aceptasen mascotas. Adoptó un chihuahua de la protectora y se fue con Maruja de compras, para renovar el vestuario de arriba abajo.

Programó la calefacción para tener la casa caldeada cuando regresase. Se puso su nuevo abrigo de alpaca y salió con Taquito a pasear. Se detuvo frente a las obras del metro, la pavimentación de la ronda y el subterráneo de las líneas que estaban construyendo. Mientras Taquito olisqueaba los territorios desconocidos y los marcaba con unas gotitas de orina, Soledad se llevaba la mano al bolsillo y, disimuladamente, deslizaba un puñado de cenizas entre sus dedos.

Finalmente, vertió los últimos restos de la urna en una hormigonera del Museo de las Momias que iban a empezar aquel mismo lunes. Cuando quedó vacía, la envolvió con papel de periódico, la metió en una bolsa bien atada y la arrojó al contenedor amarillo, allí donde solía tirar cada día la basura. Esperó que la tapa del contenedor estuviese bien bajada y se fue de allí sin mirar atrás:

«No te preocupes por mí, la casa no se me va a caer encima. Maruja y Taquito me acompañan. Adiós, Paco, que llego tarde. Me voy a Marbella con el Imsero».

L'autora

Em costa dir coses de mi. Tanmateix, deixo una cita que m'agrada:

Hay que empezar con la voluntad de que aquello que escribimos va a ser lo mejor que se ha escrito nunca, porque luego siempre queda algo de esa voluntad. Gabriel García Márquez

La Berta encerta a entaforar la clau dins del pany a la tercera i obre la porta empenyent-la amb el peu. Deixa morts els braços perquè les bosses, les robes i les tristeses que li pengen rellisquin i quedin fetes un nyap al terra del rebedor. Un gargot de traçat imperfecte i matusser com el que dibuixa la seva vida. Pensa que no li agradaria gens, a en Santi, veure aquest escampall per casa. Que el bombin. Però la bomba li esclata a la Berta galtes avall arrossegant la desobediència rebotada fins a deixar un rastre salat i patètic. A la fruitera queden quatre pomes per a quatre jornades, que augurava que s'escriurién sobre paper d'esborrany, encara. Es deixa vèncer pel sofà. Nota un catacrac esmorteït i de sota el perímetre on s'ha assegut extreu dos bitllets d'avió mig arrugats amb destinació a Roma per a la pròxima setmana. «Mira, millor una cartolina rebregada que no pas la foto estripada de dos somriures com punys amb el Coliseu de fons», pensa. A la tele parlen dels perills de les xarxes socials per als nens i adolescents. Amb el peu oposat s'ajuda a treure's les sabates de taló, que impacten a terra com la maça d'una sentència. Atansa l'ordinador per seguir treballant en la presentació de divendres. Aquesta promoció no se li escaparà, de cap de les maneres. Vibra el mòbil. WhatsApp. Mama. Per favor, que pesada! Llença el mòbil on no pugui arribar-hi de nou, rebot a contra el coixí i cau a terra. Merda. S'adorm al sofà amb la jaqueta a mig descordar. Es desperta desorientada en sentir el telèfon. És l'alarma del matí, ja? En Cruanyes la rectifica. La pantalla s'il·lumina en la foscor. Trucada entrant: mama.

—Si?

—Croqueta! Que fa dies que no sé res de tu! T'envio missatges i ni em respons.

—Ai, mama, perdona —contesta esfilagarsant els mots de la llengua—, és que estic cansada. Ei, i no em diguis així, que ja fa molts anys que ja no soc una nena!

—T'agradaven tant, de petita! Ja menges bé? Encara que en Santi t'hagi...

Ja està. Ja havia de treure el tema una altra vegada. Santi, Santi, Santi. Deixa el mans lliures activat sobre la taula i marxa a preparar-se unes torrades a la cuina, que, tot i la denominació distintiva, en el seu cas s'entaforava en el mateix diminut espai que la sala menjador. Els seus pensaments, que s'haurien d'haver modulats segons els comentaris de la seva mare, tendiren a fusionar-se amb el paté durant la hipnòtica mecànica del procés d'unció de les torrades, que, en mossegar-les, els reduïa a cremosos bocins de fines herbes i anecdòtiques col·lisions de pebre molt més fàcils de pair que quan s'indigestaven al seu cap.

—...increïble, tan humanitari, és a Síria operant els ferits dels bombardejos, sobretot nens. Quina llàstima, pobrets. I això que el seu propi fill viu a Buenos Aires a una casa d'acollida, des que la seva dona va morir en aquell accident...

—De què parles ara, mama? —quan torna a la realitat ha perdut totalment el fil.

—Del metge argentí que vaig conèixer, que no m'escoltes?

—Sí, mama, és que s'ha tallat uns segons. No sé de quin metge em parles.

—Que sí, dona, la setmana passada ja te'n vaig parlar, d'ell.

—Ah, sí? Ara que ho dius... —No ho recordava gens.— I qui és? D'on el coneixes?

—Ens hem fet amics per l'Instagram. Però ara ja parlem pel xat del correu.

—Instagram! Ostres, no sabia que en tinguessis...

—Ah, croqueta, què et penses! M'he posat molt al dia, jo, des que el teu pare —diu «pare» emfatitzant la inicial, com quan algú diu «porc», per posar un exemple qual-sevol, referint-se a la pitjor de les connotacions— em va deixar per aquella meuca d'internet.

—No hi pensis més, mama. Està molt bé que facis nous amics. Però vigila, eh! Que mai se sap si el peix que cueja per les xarxes és una piranya.

—Que sí... A més, no som desconeguts, ja fa un mes que parlem.

—Ah, bé, si és així ja quasi és de la família!

La Berta observa a la pantalla el batejar incansable del cursor sobre el fons blanc, blanquíssim, quasi feridor, com la llança d'un gladiador que es manté estoicament dreta, desafiant-la, una clara provocació que la invitava a baixar a l'amfiteatre de sorra nívia per batre's en un duel en què l'anelhada victòria de divendres està en joc.

—D'acord, mama. Només et dic que vagis amb compte. Escolta, que estic cansada i encara tinc molta feina amb la presentació, parlem un altre dia?

—Demà passat, no? Vas dir que vindries a casa.

—Però si serà dimecres...

—Dimecres, 27 de març.

El silenci va xerrar més del compte, delatava el seu oblit.

—És clar! Et prenia el pèl, mama. És el teu aniversari! Com vols que me n'oblidi?

La Berta surt deixant dues pomes a la fruitera. Les hores s'arremolinen en una espiral

de papers i correus sense contestar i el naufragi és tal que quan torna a mirar l'hora ja són quasi les vuit del vespre. S'ofega. Truca a correuita a la Núria, la pastissera del poble, i es disculpa tantes vegades com calories té el pastís que ha encarregat. Amb la premissa que el temps és relatiu, arriba puntual a casa la mare.

—Les has comprades de número?!

—Doncs, és clar! A la teva edat ja no estàs per apagar seixanta-vuit espelmes d'una bufada, podries desmaiar-te... —bromeja picant l'ullet. La mare respon deixant caure les parpelles com guillotines. La Berta s'afanya a suavitzar-ho—: I, a més, així tens més possibilitats que es compleixi el desig que demanis.

—Ai sí, que en Ramírez estigui sa i estalvi.

—Mama! Però no diguis el teu desig en veu alta, que, si no, no es complirà!

—Ai! —es cobreix la rialla amb la mà. Un silenci isòcron a la formulació del seu desig anterior precedeix la bufada d'espelmes.

—I qui és aquest Ramírez, eh?

—Una altra vegada, croqueta! A veure si les seixanta i pico espelmes —diu «pico» amb una estudiada indiferència que a la Berta no li passa per alt— les hauries d'haver apagades tu! Que portes uns dies! És el meu amic, el metge argentí.

—Ah, el que treballa a Síria, el voluntari que, tot i els horrors que l'envolten, a la nit encara li queden temps i ganes de parlar amb tu...

—Bé, no és voluntari —contesta sense captar el to sarcàstic—, treballa per a l'exèrcit dels Estats Units. És un metge militar, podríem dir-ne.

—Mama... —la Berta l'exhorta amb la mateixa ganyota que la mare li solia posar dia sí i dia també quinze anys enrere.

—Què passa? —pregunta amb la boca plena, el pastís a mig desgranar.

—No trobes una mica estrany que una persona que es passa el dia treballant en unes circumstàncies tan dures no tingui altres prioritats a la nit que xatejar amb desconeguts? A més, com pot ser que tingui internet en un indret tan devastat? No ho sé, mama, jo no hi entenc, potser sí que és possible, però em genera dubtes —abaixa el cap per no veure's reflectida dins la humida desil·lusió.

—Ja ho sé. No et pensis que no vaig dubtar també al principi. Per això li vaig demanar que m'enviés alguna prova que pogués confirmar la veracitat del que m'explicava. —La filla la interroga amb les celles.— Em va enviar unes fotos. Primer em va dir que no,

que no podia, perquè sent militar i treballant en un hospital majoritàriament infantil les fotos estaven prohibidíssimes, però per por a perdre'm al final es va arriscar i me'n va enviar unes quantes. Les vols veure? —li atansa el telèfon il·luminat— Són dures, t'avisó...

—No, no! Gràcies. Ja és prou desagradable la meua vida. M'ho crec. —Ella retira el mòbil i les arestes del silenci es claven sota les mirades creuades. Finalment, la Berta alleugera l'expressió:— I de què parleu?

—De moltes coses. Sobretot dels nostres sentiments. Se li fa difícil estar tan lluny del seu fill, aviat farà vuit mesos que no el veu. T'ho pots imaginar?

—I per què no va a visitar-lo?

—Estant de servei no té dret a vacances. Però estem mirant la manera perquè li donin un permís i puguin trobar-se en un punt intermedi. A Anglaterra, potser.

—Què vols dir que esteu mirant la manera? —retira les postres del seu davant.

—Bé, no és tan fàcil. Ha de fer un dipòsit com a garantia que tornarà, perquè es veu que tot és tan dur que molts soldats deserten quan marxen de vacances...

—Mama! —la interromp amb rudesia—. No li deus haver enviat diners?

—Què?! No, i ara! Què dius! Com vols que faci això?

La Berta escruta detingudament els interrogants que circulen rere les retines de la seva mare, intentant caçar-ne algun, però ella li sosté l'escorcoll amb fermesa.

—T'ho dic, per favor, eh, mama, tingues seny i vigila!

La darrera poma de la fruitera reflecteix el carmesí propi dels llavis enverinats. Ha arribat el dia. La sala de presentacions, tan vasta i en penombra, sembla una gola immensa. Pren aire, però no sent els pulmons inflar-se. Encara té una hora per preparar-ho tot. Endolla l'ordinador i l'encén. Per inèrcia obre el correu electrònic i la bombolla d'una conversa per Hangouts li apareix a la pantalla: «Croqueta, no et preocupis més per allò del metge. Demà serà tot diferent.» Què vol dir amb això? Un exèrcit de temors li passa per damunt. Pren el mòbil, desactiva el mode avió i truca a la seva mare. No contesta. Torna a intentar-ho. Quan despenja, la seva mare li respon entre evasives que ara no li pot donar més detalls, però que estigui tranquil·la, que tot anirà bé. I penja. Però com vol que estigui tranquil·la dient-li que tot anirà bé? Ha d'esbrinar què està passant, ja! Tecleja a la web d'inici del correu l'adreça electrònica de la seva mare. Contrasenya, seguit d'un blanc abismal. Prova amb 12345. La contrasenya que ha introduït és incorrecta. Merda. L'aniversari, potser? 270351. Tampoc. Esbufega.

Només queda un intent. Inspira profundament. Ja està, ja ho té, ha de ser aquesta! Si us plau, que funcioni, tecleja molt lentament per no equivocar-se: c-r-o-q-u-e-t-a. Res. Sembla que s'hagi penjat, la pàgina no respon. De cop, però, apareix a la pantalla la safata d'entrada del correu de la seva mare. Sí! Ho ha aconseguit. La mil·limètrica alegria per la victòria sobre els sistemes de control s'esvaeix en l'instant en què obre l'historial de xats. Després del que té obert amb ella, tots són amb un tal William Ramírez. N'obre un aleatòriament. Veu les fotos que la seva mare li havia comentat. Cap rostre es repeteix entre elles i totes duen un encapçalament o un peu de foto, amb alguna web de referència, com les típiques que circulen per internet. De fet, googleja «Syrian war hospital». Troba exactament les mateixes dues fotos. Llegeix en diagonal les múltiples converses:

Mercè Puig: Tu historia es tan conmovedora. No puedo dejar de darle vueltas. ¡Es tan admirable lo que haces! ¿Hola? ¿Estás allí?

William Ramírez: Perdona por responder tan tarde, tuve mucho lío en el hospital. Pero no hablemos de cosas feas. Cuénteme, ¿cómo fue su día?

Mercè Puig: Muy bien, gracias. Últimamente no me lo preguntan demasiado.

William Ramírez: ¿Y su hija, que no se habla con ella?

Mercè Puig: Sí, sí que nos hablamos. Pero está tan ocupada con su trabajo que casi no la veo. A veces me siento un poco sola, pero no quiero agobiarla con mis problemas porque ella ya tiene suficiente con los suyos...

William Ramírez: Por lo menos la podéis ver de vez en cuando. Yo echo mucho de menos a mi pequeño Thiago. Quisiera encontrarle una madre que lo quiera.

[...]

Mercè Puig: Qué día tan emotivo, hablando los dos de nuestras vidas. He encontrado un buen amigo en ti. No puedo dormirme de la emoción.

William Ramírez: Yo no sé si podría soportar este país de muertos sin usted.

[...]

Mercè Puig: ¡Pero eso es muy injusto! Os tratan como si estuvierais en una cárcel. Con todo lo que hacéis por los demás..., os merecéis unas vacaciones de vez en cuando. ¡Debes luchar por ello, cueste lo que cueste!

William Ramírez: Bueno, hay una manera. Un familiar debe presentar una solicitud a la delegación de vacaciones. Antes lo hacía mi mujer, pero desde que murió...

Mercè Puig: ¿Y tu hijo?

William Ramírez: Ya lo intentamos una vez, pero tampoco, porque es menor de edad. Y yo no tengo acceso a mis cuentas desde aquí. ¿Preciosa, estás allí?

Mercè Puig: Sí, perdona. Estaba pensando en todo esto. ¿Podría yo ayudarte de alguna manera?

William Ramírez: ¿Haría eso por mí? Me siento lleno de esperanza y optimismo.

[...]

Mercè Puig: Mi hija hace comentarios sarcásticos y me hace dudar...

William Ramírez: Mi vida, nunca la engañaría, usted es mi salvación. Mejor no hable con otra gente sobre esto hasta que no estemos juntos, no lo comprenderían.

Mercè Puig: Debo pensarlo. Estoy nerviosa, últimamente no duermo nada bien.

William Ramírez: Si no es por mí, hágalo por Thiago. Por favor..., ¡la quiere tanto! Le pagaré el doble cuando nos reunamos en mi apartamento de Inglaterra.

Mercè Puig: Si no es peligroso, te ayudaré, ¿qué tengo que hacer?

Una esquerda se li obre a la boca de l'estómac. Mira els correus encapçalats per «United Nation Vacation Syria...». Li estranya que aquests correus vinguin d'un Outlook i no d'una entitat pròpia. Un dels correus detalla quins són els imports de les taxes per a les suposades vacances: 2.550 USD/€, 30 dies de vacances; 6.880 USD/€, 90 dies de vacances; 15.550 USD/€, 180 dies de vacances. L'estómac se li esmicola i els músculs se li empastifen de pols. Va a la carpeta de correus enviats. Obre el primer que té un arxiu adjunt. Davant seu apareix un comprovant del banc, amb data i hora d'aquell mateix matí, per una transferència amb valor de 2.550 €. En aquell mateix instant, el mànec de la porta s'acciona violentament.

—Berta, et trobes bé? Estàs molt pàl·lida —li pregunta el seu cap quan entra.

La Berta surt corrents fins al lavabo annex i entra impulsant la porta darrere seu, que no s'arriba a tancar. Aixeca la tapa i la tassa s'impregna abruptament del color àcid que té la pressió incontenible. Es torna a aixecar, es renta la cara i s'observa al mirall per col·locar-se bé els cabells, però només hi distingeix un espectre amb la seva fesomia. Glopeja aigua i surt, avergonyida. Es dirigeix de nou a la sala.

—Berta, on vas? —el seu cap l'esperava al passadís.

—La presentació...

—No, no. D'això res. —La Berta ja temia que plantegessin acomiadar-la. Sabia que, tot i l'esforç de les darreres setmanes, no havia donat l'abast amb tot el volum de feina.— Tu te'n vas a casa ara mateix.

—No, si us plau, senyor Romagosa. No em faci fora. Ho puc fer, de debò. No li fallaré!

—Berta, però què dius! Fas pitjor cara que la nata desfeta. Necessites descansar. De la presentació ja me n'ocuparé jo. He vist el que em vas enviar ahir a la nit i està perfecte. És més, els dies lliures que t'havies demanat per a la setmana que ve i que al final vas anul·lar vull que te'ls agafis igualment, els necessites! —Una P es dibuixa als llavis en rèplica de la Berta.— Res de peròs, no et vull veure el pèl fins d'aquí a dues setmanes. Au!

Un cop al cotxe, espolsant-se encara els nervis del cos, la Berta truca al banc. L'atén una veu que intueix encorbatada. Li explica la situació, i l'home li respon que sí, que sap de quina dona li parla, que de fet ha sigut ell mateix qui ha atès la seva mare.

—Serà complicat aturar la transferència, però ho intentarem. D'altra banda, abans de denunciar-ho a la policia, li aconsello que vingui personalment amb ella per fer-li entendre que possiblement és víctima d'una estafa. Si ho fa pel seu compte, potser no la voldrà escoltar si l'ambient és crispat i s'ho prendrà com un atac personal. Tinc un forat d'aquí a dues hores, li aniria bé?

La Berta truca a la seva mare i amb un àgil pretext la cita al banc. Dues hores més tard, la Berta és a l'entrada esperant. Passen cinc minuts, deu minuts. Comença a inquietar-se. Quinze minuts, vint minuts. Això no és normal. Demana disculpes al banquer i condueix a marxes forçades fins a casa la seva mare. La porta és oberta. Mama? Ningú respon.

Fa una passa i la densitat de la casa l'engoleix. Tot està regirat, com si estigués fent neteja o... Mama? Puja al pis de dalt, el batec descontrolat li impedeix sentir les seves passes. La cantonada en angle mort de l'extrem superior la inquieta, i si hi ha algú? S'hi llença. El replà és buit. La porta de l'habitació és tancada. Pica. No obté resposta. L'obre molt lentament, hi discerneix un contorn bonyegut entre els llençols.

—Mama...?

El perfil s'agita en una deformació amorfa i canviant d'on finalment en surt un cap.

—Mama, què fas? No havíem quedat al banc?

—Perdona, perdona, croqueta. M'he adormit! Ho sento molt.

Des de la terrassa de la pizzeria Delizie Roma, la mare remira una i una altra vegada les selfies que s'han fet amb el Coliseu de fons. Els darrers rajos del vespre dauren les espatlles relaxades de la Berta.

—Sortim guapes, oi? —li diu la mare atansant-li el mòbil.

—Molt! Però no t'hauria de sorprendre... —reconeix la Berta, tot desvestint-se curiosament del somriure—. D'això... Perdona per haver estat tan absent les darreres setmanes i no haver-me adonat abans que em necessitaves.

—Perdona'm a mi per haver fet una tonteria tan gran. He sigut estúpida.

—No diguis això, mama. Li pot passar a qualsevol. Estàs bé?

—Sí, gràcies. I tu? No et sap greu que sigui jo la que sigui aquí?

—Home, és estrany, perquè el viatge l'haviem planificat amb en Santi i tot és diferent de com m'ho havia imaginat, però estic molt contenta que siguis aquí.

—Si vols et puc presentar algú. Tinc molts contactes a Instagram...

—Mama!

L'autora

Em dic Mireia Duran i vaig néixer un castany dimecres de fa trenta-dos anys. Arquitecta de professió i creativa per vocació, ocupo totes les hores que la feina i la filla em deixen disponibles (que són molt poques) a alliberar la ment i les mans amb qualsevol dels múltiples projectes que vaig arrossegant eternament: cosir robes amb les teles adquirides en algun remot viatge, fer-me algun bonic penjoll d'argila polimèrica, projectar la casa ideal..., i últimament novel·lar les darreres aventures viscudes amb un equip d'arqueòlegs en terres iraquianes. Tant de bo algun dia descansin impacients a la vostra tauleta de nit! Seguiré treballant, sempre acompanyada d'un plàcid roncar felí de fons.



Quan a la seva mare se li inflava aquella vena del coll, la del costat dret, la Berta sabia que la tempesta estava a punt de caure. Havia vist la mateixa escena tantes vegades que ja s'havia tornat una veritable experta en el tema. El seu germà, en Manel, més petit, encara no es fixava en aquells detalls. Tot i que pel que li anava de segur que no tardaria gaire a fer-ho.

Aquell dia l'Anna, la mare dels dos nens, es va enfadar pel que havia passat amb el pot de farina. La Berta i en Manel havien estat jugant una bona estona a fer de cuiners. La dona els havia recalcat, uns quants cops, que només fessin servir els estris de la seva cuineta, perquè ella havia de preparar el sopar ràpidament. I és que en Joan, el seu home, havia trucat per dir-li que tornaria tard, que li havia sortit feina a última hora.

Així, doncs, mare i fills van fer aquell pacte: mentre ella cuinava a la cuina gran, a la de veritat, ells ho farien a la de joguina. I tots contents. L'Anna estava segura que només havia estat fora tres o quatre minuts, el temps just d'anar fins al garatge i agafar unes quantes patates del rebost que hi tenien. Quan tornava de nou cap a la cuina, va veure que el pot de farina estava vessat per terra. No hi havia ni una mica de pols blanca dins del recipient. Però el pitjor de tot no era allò. El que realment va molestar l'Anna va ser que tant la Berta com en Manel ja no eren allà: se n'havien anat cap a una altra banda, perquè ja s'havien cansat del que estaven fent i buscaven una altra forma d'entretenir-se.

L'Anna els va cridar, perquè els volia veure a la cuina. Llavors va ser quan la Berta es va fixar en la vena. Estava ben inflada, com si d'un moment a l'altre hagués de rebentar.

—Es pot saber què ha passat amb la farina? —va preguntar la mare.

—Bé... És que hem tingut un petit accident... —va contestar la Berta.

—I com penseu que ho podeu solucionar? —els va interrogar novament la dona.

—Ho escombrarem entre els dos —va proposar la Berta, mentre mirava en Manel i esperava que amb els seus ulls li digués que també estava disposat a col·laborar. Al cap i a la fi, encara que ella no ho confessés, qui havia provocat el gran desastre havia estat el seu germà, que era especialista a tirar la pedra i amagar la mà.

—Em sembla una idea meravellosa! —i l'Anna, amb allò, va donar per acabat aquell episodi.

Quan en Joan va arribar de treballar van tenir un sopar tranquil i relaxat. Era el moment

del dia preferit dels quatre, perquè s'asseien junts a taula i, mentre menjaven, cada un explicava les anècdotes que havia viscut. De fet, la Berta i en Manel acaparaven la major part de la conversa, però com que els veien parlar amb tant d'entusiasme ni a en Joan ni a l'Anna no els importava haver de deixar les seves coses per a més tard. Sempre pensaven que potser l'endemà tindrien més sort i podrien ser una mica més protagonistes.

Mentre en Joan endreçava les coses de la cuina i posava un rentaplats, l'Anna es va asseure al sofà amb els nens per explicar-los el conte d'abans d'anar a dormir. Aquella nit en Manel va ser qui va escollir-lo: va sentir curiositat pel del ratolí Pérez. Ell encara no havia sentit la història de les dents de llet, ni del coixí, ni dels regals de primera hora del matí. L'Anna, doncs, el va començar a narrar amb delit, fins que la Berta la va interrompre.

—Si voleu que us doni la meva opinió, em sembla que el ratolí Pérez no sap de què va la pel·lícula.

—Què estàs dient, Berta?

—El que sents, mama. L'última vegada que em va caure una dent vaig desitjar amb totes les meves forces que em deixés un joier d'aquells que fan música i que tenen una ballarina a dins, i resulta que el molt graciós va decidir posar-me unes figures de xocolata a sota del coixí.

—És veritat: ara me n'acabo de recordar!

—No sé a quina hora va venir, però quan vaig veure la xocolata ja estava quasi desfeta. Quin desastre!

L'Anna es va fer un bon fart de riure: fins i tot el ratolí Pérez de vegades també estava poc encertat. Llavors la dona li va parlar de la fada de les dents: ella també feia sorpreses quan els nens perdien les peces de llet i potser no estava tan ocupada com el ratolí Pérez.

—M'estàs dient que hi ha dues persones o animals o el que siguin que s'encarreguen d'això?

—I tant! He aconseguit donar-te una alegria, oi que sí?

—No saps pas quant!

Amb aquella explicació, l'Anna va poder acabar el conte amb tranquil·litat. La Berta i en Manel, de tant en tant, li feien preguntes, i ella es divertia molt amb les respostes que els donava, perquè les improvisava, perquè intentava que estiguessin a l'altura de

la fantasia i la imaginació dels seus fills.

L'Anna i en Joan van anar a l'habitació d'en Manel a fer-li un petó i a desitjar-li que passés una bona nit. Després van fer el mateix amb la Berta. Ella, abans que apaguessin el llum, els va demanar que es quedessin un moment allà, que des que havia sentit el conte havia tingut una idea.

—Saps què he pensat, mama?

—Digues...

—Que potser el ratolí Pérez o la fada de qui m'has parlat no només recullen dents, sinó altres coses que també cauen.

—Altres coses? Com quines?

—Com els teus cabells, per exemple.

Els dos adults es van mirar ben sorpresos. Feia dies que estaven parlant del tema i havien decidit que ja no podien deixar passar més temps. Potser en Manel sí que era massa petit, però la Berta de segur que ho entendria perfectament. Era una nena molt llesta i no tardaria a fer-los preguntes. L'Anna cada dia estava més prima i pàl·lida i tenia menys cabells i més nàusees. Feia poc que havia començat un tractament mèdic molt potent i sabia que el pitjor encara estava per arribar. No volia fer patir la seva família per res del món, però tampoc suportava la idea d'amagar la seva realitat. Estava decidida: l'endemà, o com a molt l'endemà passat, explicaria a la seva filla que estava malalta. Ho faria com si fos un conte, i així no s'ho agafaria tan malament.

—Pensa en el que t'he dit, mama. Potser un dia et despertes i veus que t'han deixat una d'aquelles llibretes que tant t'agraden. Jo crec que per un bocí de cabells val molt la pena.

—És clar que la val, filla.

—Que bonica que ets, mama. I més encara quan no se t'infla aquella vena del coll.

El petó que l'Anna va fer a la Berta aquella nit va ser el més intens dels que recordava haver-li fet fins llavors. Perquè en ell també hi havia les seves ganes de lluitar i de viure.

L'autora

Soc periodista de formació, correctora i professora de català per a persones adultes de professió, i la meua gran passió és escriure sobre les coses que penso, que sento i que m'envolten. He escrit un llibre de microrelats, *Un fil de paraules*, una novel·la, *Quan siguis feliç, respira*, i un recull de relats, *Cinc abrils*, i soc coautora d'*Entre nosaltres* i *Històries íntimes*. També soc mare: aquest és un ofici bonic i plaent, però també molt complicat, i per això intento aprendre'n cada dia una mica més.

Eran las siete de la tarde cuando Nieves volvió a su casa. Mientras colgaba su abrigo observó que Ana estaba de nuevo encerrada en el dormitorio. Como de costumbre. Cuando abrió la puerta de la habitación, Ana, sentada frente a su portátil, levantó la cabeza por encima del hombro con lo que parecía una sonrisa avergonzada. Al ver aquel gesto en su hija, Nieves tuvo la sensación de que le ocultaba algo. Sin embargo, esa sospecha se fue desvaneciendo, ya que Ana le demostró con otra sonrisa corregida que no escondía nada.

Aun así, Nieves desvió la mirada hacia el ordenador. En la pantalla había un perro que tocaba las maracas y una conversación de chat abierta.

«A solas?

»Sería un día perfecto. Tengo una corazonada»

Y en aquel instante la pantalla se volvió negra.

Divertida, como si no se diera cuenta de que trataba de evitarla, le dijo:

—Al final voy a tener que dejar unas fotografías mías en tu escritorio como prueba de que estoy en este mundo.

—De acuerdo, mamá. Ya lo apago.

Aunque las paredes eran un mar de láminas a carbón, todavía mantenían su papel infantil. Como si desafiara el paso del tiempo, aquella decoración se había vuelto una paleta imposible de verdes pastel con negros. Parecía que la niña de tiempo atrás se difuminase en aquellos tonos para reaparecer después como una adolescente a punto de cumplir los quince años.

¿Pero cuántas horas pasaba Ana encerrada en su dormitorio? Muchas, pensaba Nieves. Pero no quería preocuparse. Ella misma había comprado el ordenador para los estudios y para que se divirtiera. Todo el mundo utilizaba los chats, y para Ana, que vivía en una localidad pequeña, era una forma de salirse de su vida cotidiana.

—Marc debe pensar que eres una chica muy pesada —dijo Nieves.

Una chispa de ilusión recorrió los ojos de Ana. Marc, ese era el chico: un estudiante de Barcelona dueño de mensajes carismáticos. Se habían conocido por internet y solo eran amigos. Pero ¿su hija le contaba la verdad? Puede que no, pero tampoco quería agobiarla. Era una amistad on line, ¿no? Y debía aceptar la realidad: Ana tenía su propia vida y estaba como loca con su portátil.

Ya era de noche. Nieves quería ponerse cómoda, encender las luces exteriores y correr las cortinas. Se volvió, y salió por la puerta.

La chica se quedó sola.

Sola frente a aquella pantalla en estado latente, que aguardaba a que sus dedos finos le dieran permiso para reiniciar su actividad. Tocó el teclado.

«Desearía cambiar mi manera de vivir

»Y por qué no lo has hecho todavía?»

El cursor parpadeaba. Ana buscaba experimentar fuera de su círculo social. Cerraba los ojos, y cuando estiraba los dedos cruzaba el fino velo de la pantalla del ordenador. Se sentía muy segura de sí misma.

Sin embargo, cada vez que atravesaba aquel límite vivo, Ana emergía en otro espacio anónimo, sin frontera que separase lo real de lo imaginario.

Ana es especial. No es como las otras niñas calcadas sobre iconos de la moda. El erotismo es otra cosa. Es el perfume delicioso a caramelos de limón, a mandarina y a magdalenas.

Jugaba a imaginarse el perfume de Ana. Su olfato de hombre entrado en años y con el pelo gris deseaba percibirlo sin esfuerzo.

El reloj marcaba las siete y media de la tarde. Eran sus mejores horas. Sus manos sobre el ordenador frenaban el tiempo; tonteaba, saboreaba y se recreaba como un chaval haciéndose pasar por otro, y con cada tecla que pulsaba recuperaba su juventud.

Húmedo. Esa era la palabra que describía lo que sentía, pero debía de esconderla. Las palabras nos delatan. Así que ponía los cinco sentidos en usar palabras que influenciaran a Ana, que le dieran placer, y que disimularan los pensamientos opacos de un tipo como él: adulto, metódico y sin escrúpulos.

También escuchaba. En realidad, escuchaba con generosidad.

«Somos dos personas iguales. ¿Por qué no vamos por el mismo camino?

»Marc, eres muy importante para mí. Y si tuviera una bola de cristal te diría mi futuro :)»

El hombre sonrió, escribió «Nuestro futuro», y pulsó enter.

No había manchas de humedad ni ningún ambiente deprimente en el salón. La decoración era sencilla con muebles de madera natural. Arrinconado había un escritorio donde estaba sentado el hombre. Y colocada muy cerca de él, una fotocopidora

monstruosa que ampliaba toda clase de documentos.

Su trabajo como contable en una empresa náutica de Barcelona le brindaba la posibilidad de compaginar su vida profesional y de internauta. El vaivén de los barcos le mareaba y le daba dolor de cabeza; sin embargo, podía darse el lujo de navegar en el salón de su propia casa durante horas, sentirse feliz y nadar con delfines como siempre había soñado.

«Ana, cuántos días quedan para tu cumpleaños?

»Ocho

»Estoy emocionado por venir a tu fiesta, pero tu madre, qué pensará?

»Trata de ser simpático y sobrevivirás ;) Es broma. Estoy deseando conocerte en persona, ver cómo eres

»Será genial. Te llevaré un regalo y quizás me lo pagues con un beso

»Vaya, así que tendré que besarte?»

El hombre juntó las manos debajo de la barbilla. Tenía que ir. Se había inventado un perfil y las fotos que colgaba no eran de él, pero eso no le preocupaba. No. No estaremos solos. Eso sí le preocupaba. Le fastidiaba tener que aguantar a los otros invitados, sus bromas absurdas, y encima tener que ser amable por pura cortesía. Sus manos volvieron al ordenador.

«Me deberás un beso ¿Será dulce? ¿Será salado? Picante»

Esperó. Y siguió mirando la pantalla durante un buen rato. Pero no apareció ni una letra ni una palabra más. No se enfadó.

Él no se enfadaba. Y pronto conseguiría dar respuesta a sus preguntas.

Aunque era una merienda sencilla, Nieves había preparado un bizcocho de cacao con mandarina, y un arreglo de globos con el número quince.

Ana compartía risas con sus amigas, unas risas falsas que disimulaban las ganas de llorar. No entendía que Marc no asistiera a su fiesta. A pesar de ello, trataba de ser una chica feliz en su tarde de cumpleaños. Pero no era fácil.

Al caer la noche sonó el timbre de la puerta. Cuando Nieves salió a recibir su visita, le sorprendió encontrar a una persona desconocida.

—¿Nieves? Soy el padre de Marc. —Y extendió su mano para enseñar una bolsa.— Me ha pedido que traiga este regalo.

Tenía delante a un hombre alto, arropado en un anorak caqui, con cabello gris y con una expresión amable en la cara. Él le dijo que no quería molestar, que volvería por la mañana, pero ella más relajada, lo dejó pasar.

El hombre entró en la casa. Olor a chocolate. Había imaginado un perfume a jabón, a ropa recién lavada. Pero aquel era mejor. Avanzó hasta el salón, y allí estaba ella, Ana, ataviada con una blusa japonesa que irradiaba exotismo, y mirándole con unos ojos intensos que preguntaban.

Nadie se dio cuenta de cómo le temblaba la mano a él.

Ana cogió la bolsa y sacó lo que había dentro. Eran dos regalos muy especiales: un bolso de cuero y una tableta Apple para estudiantes. Aquello le gustó, y sobre todo la idea de que Marc había pensado en ella.

Él la miraba sonriendo, todo el mundo agradece un buen regalo. Se fijó que Nieves también sonreía. Ahora lo único que tenía que hacer era quedarse dentro de la casa. Y hablar era lo que más ayudaría.

Hablaron de todo y de nada. Contaron historias propias y de sus hijos, y empezaron a reír mientras se llenaban las copas de vino. Era fácil tratar con él.

Sin embargo, hubo un momento en que le siguió la dirección de los ojos y miraba a las niñas. Era como un espectador que evalúa una escena, y le hizo sentir que en la cabeza del hombre había algo más. Imaginaciones, se dijo Nieves. Y consciente de que las copas de vino estaban liándola, retiró esa idea.

Pero intuía la verdad, porque los pensamientos del hombre ya no tenían nada que ver con la conversación. Hablaba como una distracción, y tampoco escuchaba. En realidad, había empezado a jugar, a imaginar escenas locas. Miraba y olía, y elevaba sus sentidos al estado de hambre. Estaba listo para cazar. Pero ahora no. Entonces, forzó un tono simpático en su voz y dijo:

—Supongo que debería de irme. Otra copa más y no podré ni caminar.

—¿Crees que puedes conducir?

Nieves se creía en deuda con él, le caía bien, y se le ocurrió que debía ofrecerle quedarse a dormir.

A la mañana siguiente Nieves se burló de su dolor de cabeza. No debí beber tanto vino, y menos por tratar de presumir. Acababa de levantarse y caminaba medio dormida, cuando pasó por delante de la habitación de Ana.

Lo primero que pensó fue: «Una de las chicas se durmió vestida». Pero se detuvo al instante. Algo no cuadraba. Se volvió a la puerta del dormitorio, y entonces vio lo que en realidad ocurría: el padre de Marc dormía sobre la cama de Ana. Él estaba durmiendo allí, y junto a él, las niñas dormían también. Era difícil de entender. La imagen le golpeaba los ojos, y como un pétalo en el aire buscaba sujeción. ¿Cómo que estaba allí?

La estancia estaba patas arriba. Mochilas, camisetas y calcetines esparcidos por el suelo. En la alfombra dos chicas enfundadas en sus sacos de dormir. Ana y otra amiga arropadas en la cama. Y perturbando el desorden juvenil, en estado de hibernación como si fuese un enorme animal, estaba el hombre tumbado en la misma cama por la parte de los pies, sobre la colcha y totalmente vestido.

Nieves se acercó más. El hombre dormía. Sintió miedo, todavía tenía resaca, pero no lo bastante para disfrazar la verdad. Alargó la mano y lo sacudió. Se quedó observándolo. Él despertó sorprendido, y se incorporó deprisa. Ella esperó que dijera algo, pero no lo hizo. Cogió el anorak y echó a caminar hacia la puerta. La seguridad con la que se movía asustó a Nieves.

—No vuelvas nunca más —le dijo Nieves cuando salía de la casa.

Él se volvió con una expresión de desprecio que le abarcaba toda la cara.

Decidió que no lo contaría.

Todavía tenía en la retina la imagen del hombre en la cama, y si era demasiado dura para ella, sería peor para las chicas. ¿Qué contarían a sus madres? ¿Creerían que era una descuidada? ¿Esa historia pasaría de boca en boca y se extendería como un rumor? Debía esconderlo.

Comprobó que Ana no estaba rara. Aparte de la cara de sueño, estaba como siempre. Había esperado a que estuvieran solas para adivinar si ella había visto algo.

—El padre de Marc se fue sin avisar —y añadió:— Debí negarme a que se quedara en la casa, ¿no?

—¿Por qué dices eso? —preguntó Ana con una expresión de intriga.

Aquel era el momento perfecto para sincerarse con su hija. Pero no pudo. Debía esperar. ¿Esperar a qué? ¿A olvidar? Y se quedó callada, habitada por un sentimiento turbio, entre la pena y la rabia. Odiándose a sí misma por callar. Odiándose por ser una confiada. Y por haberlas dejado solas con un hombre desconocido.

—No quiero que vuelvas a hablar con Marc.

—¿De qué hablas? No pienso hacerlo, mamá.

—Se ríen de nosotras.

Le aterraba que aquel hombre volviera a ver a su hija, así que le dijo que no le gustaba el padre de Marc. Eran desconocidos que había encontrado en el chat, y no era seguro fiarse de ellos. Pero Ana no iba a escuchar sin más. Marc no se reía de ella. Y no le importaba enfadar a su madre. No dejaría el chat. Además, Marc era cosa suya, y nadie tenía derecho a meterse en su vida.

La niña obediente había quedado atrás. ¿Y qué podía hacer? ¿Prohibirle el ordenador? Sería imposible quitarle el portátil, imaginar las consecuencias bastaba para impedirlo. Tenía un problema de autoridad con su hija, y lo único que valía era repetir que tuviese cuidado en el chat. Se fijó en la cara de la chica: su tristeza era transparente como el cristal.

Nieves decidió confiar en ella, y Ana prometió que vigilaría a Marc.

Una promesa falsa, por supuesto. Estaba convencida de que tendrían una vida maravillosa juntos, porque él no dejaba de hacerle promesas extraordinarias.

«Deberías estar durmiendo

»Creo que tu madre está enfadada con mi padre. ¿Te contó algo?

»Olvídalo, Marc

»Lo siento. Siento no haberte dado yo mismo el regalo»

Las horas del día no conseguían eliminar el perfume cálido que había dejado Ana, ni el tacto vaporoso de las sábanas. Todavía disfrutaba del maravilloso momento que había pasado en la cama, observando las respiraciones profundas de las niñas, entre pijamas pastel y calcetines de lana.

Aquello sí que era nadar con delfines.

Su mente había quedado atrapada en aquella escena, y quería más.

No le importaba que la madre lo hubiese pillado, de hecho, sentía repulsión por ella. Por todas ellas. Todas le recordaban a su propia madre, ausente, que cuando alzaba la vista sus ojos reflejaban una hondura infinita. Las niñas no tenían esa mirada gastada.

Volvió al ordenador. Ana, la quería solo para él, y debía lograrlo.

«Estoy triste porque somos amigos y no te he conocido en persona

»Qué quieres que haga, Marc?

»Qué quieres hacer tú?»

Y en la pantalla destelló un corazón trazado en un cristal lleno de nieve.

Ana entró en el salón. Se había puesto un vestido negro sobre unos vaqueros, unas deportivas de tachas y una cazadora ligera. También se había puesto un poco de carmín en los labios, y de su hombro colgaba la mochila.

Estaba contenta con el aspecto que había conseguido.

A las nueve de esa noche, gracias a la colaboración de una amiga, tenía una cita con Marc. Estaba todo planeado. Un falso fin de semana invitada por la familia de esta a dormir en una masía de montaña junto a unas pistas de esquí. No tenía que malgastar su fuerza en acarrear con su ropa de nieve; su amiga tenía vestuario suficiente para las dos. Además, había realizado un minucioso trabajo de peloteo a Nieves para que la dejase ir, y había convertido la sonrisa chispeante de su amiga en un enorme tapón que sellaba la mentira.

Durante las últimas horas había fantaseado sobre otros detalles. Es decir, intentaba imaginar dónde irían o dormirían. Marc lo tendría resuelto.

Sin embargo, ahora, viendo a Nieves sentada en el sofá, sintió que aquello no estaba bien. Pero, solo era una pequeña mentira que no hacía daño a nadie, ¿y quién iba a enterarse? Mañana ya habría pasado todo.

—¿Me pintas las uñas, mamá? —Se sentó junto a ella.

Nieves empezó a aplicar el color. Era muy brillante, sin embargo, los ojos de Ana estaban atrapados en el rostro de su madre. Lo siento, mamá.

Todo resultaba creíble, y debía darse prisa para llegar a la estación.

Las uñas terminadas. Ana cogió la mochila del suelo, besó a su madre, y cerró la puerta de un golpe.

Nieves se volvió hacia la ventana mirando como su hija se alejaba por el camino. Y en aquel momento, sin saber por qué, se sintió las lágrimas.

El cadáver aguardaba su identificación.

Nieves se acercó a la camilla. Los demás la miraban pendientes de lo que haría. No podía tocarla ni besarla para no dejar huellas.

Ana estaba tendida y una sábana azul le cubría el cuerpo. La piel tenía un tono gris, el rostro estaba contusionado, y en el cuello quedaba visible una lesión carmesí profundamente violenta a causa de una ligadura.

Sus facciones no habían cambiado, pero Nieves era incapaz de aceptar que fuera su hija. La veía, pero no cedía a la verdad.

Ella no. Sí, es tu hija, ya la ves. Es tu hija la que está muerta.

El frío parecía moverse. Se notaba en la mirada de la policía, empapaba la bata del médico forense, y congelaba el gemido de dolor de una madre.

Muerta. Y mientras imaginaba lo que había pasado, Nieves se dejó caer delante de la camilla como si alguien hubiese cortado el hilo que la sujetaba.

Había ocurrido la noche antes.

Inmóvil junto a las vías, venteada por la estela del tren que marchaba, Ana se preguntó por qué venía el padre de Marc a recogerla.

L'autora

Nací en Barcelona en 1969. Sin ninguna formación académica destacada, me matriculé en la Escola d'Espectura de l'Ateneu Barcelonès, donde me enseñaron técnicas de escritura, y a confiar en mí misma.

Escribo sobre lo que encuentro: un valor, una debilidad, un miedo, y trabajo pequeñas historias. Ponerme a escribir es una conquista personal. Soy como cualquier otra mujer.



Hay momentos en la vida en que la tierra da una vuelta sobre sí misma y se te engulle entera. Es entonces cuando sientes la pérdida de lo que ya no tienes y de lo que no has tenido nunca. Hoy era ese día.

Quizá porque me conocía tan bien y no le podía ocultar nada. Todavía tengo presente en mi memoria la cara de la abuela, clavándome su mirada afilada de color azul. La intención era provocar que por fin le dijese aquello que ella intuía que le ocultaba y que a mí me era tan difícil de expresar. Ella hacía días que me miraba de reojo, supongo que ya intuía que alguna cosa había comenzado a formarse en mi cabeza. La cuestión es que ella sabía, y yo no me atrevía a darle palabras a mi decisión.

—Yaya, quiero irme —le dije de pronto, con una vocecilla suave, pero reuniendo un torrente de fuerza—. Quiero buscar otras salidas de trabajo que ahora mismo aquí no encuentro. Conocer gente de otros sitios y descubrir cosas nuevas. Me sabe mal, pero siento que ahora estoy en el momento más adecuado para hacer todo eso que me hace ilusión.

Ella no respondió, su mirada azul afilada se me clavó directamente en el corazón. Lo aceptó como si ya lo supiese, como si siempre lo hubiese estado esperando. Pero a partir de ese momento y hasta los dos meses que siguieron antes de que me subiese al avión que me llevaría a Montevideo, ella envejeció delante de mis ojos más de lo que lo había hecho en toda su vida.

¿Por qué me viene a la cabeza todo esto? Hay un antes y un después de las cosas que nos cambian la vida. Aquella tarde nos la cambió a las dos. Mi partida fue definitiva para ella.

Ahora lo pienso sentada en este despacho, viendo la cara de falsa angustia de este abogado que sin conocerme de nada hace la pose de querer ser importante en mi vida. Cuando lo que me acaba de decir sí que ha dado un giro inesperado a mi vida y ahora todavía estoy saliendo de la hecatombe de la sorpresa. A partir de ahora, tendré que plantearme cómo recogeré los trocitos de mi alma que han quedado esparcidos.

Yo no recuerdo a mi padre, solo es la cara del abuelo la que tengo presente cuando pienso en un padre. Él, que me subía a sus hombros con brazos fuertes cuando yo era pequeña como una muñeca. Que jugaba conmigo con la devoción y ternura que se le da a una hija. Él era el hombre de mi vida. Cada Navidad era con él con quien preparaba y adornaba el árbol poniendo trocitos de algodón como si fuera nieve. También fue con

el abuelo con quien aprendía a hacer números, porque contar se me daba mal. Pero él siempre estaba allí, echando una mano a la abuela, y esperándome con ilusión en la puerta del colegio cuando tenía la tarde libre. Lo que más me gustaba de esas tardes eran las «meriendas de pueblo», como él llamaba a lo que me preparaba, y también el gusto de los flanes que hacía y de los que nunca he vuelto a recuperar ese sabor. En las noches de mi infancia era para él el último beso que daba antes de irme a dormir.

El tiempo pasa y su sabiduría lo fue preparando para asumir que perdía a su niña y le daba una joven que durante los años de la adolescencia no le pediría ayuda para hacer las matemáticas, que seguían dándosele mal, ni tampoco se moriría de ganas por sus postres exquisitos. Tampoco buscaría con fruición sus carantoñas de amor.

De mi padre yo sabía muy poco. Me habían explicado que cuando tenía un año había muerto. Tampoco yo había preguntado más, porque entendía que sencillamente la vida era así. Por lo que se ve, la suerte no acompañaba a mi familia.

A partir de la muerte de mi padre, mi madre volvió a la casa familiar a vivir con los abuelos. Tenía veintitrés años cuando se quedó viuda y con una hija, y según la opinión de todo el mundo, siempre estaría mejor con los padres, que la querían con locura, ya que era hija única.

De mi madre sí que recuerdo alguna cosa. Tenía la piel blanca y delicada, el cabello largo y rubio como lo llevo yo ahora y los mismos ojos azules que la yaya. Era como un ángel, con sonrisa de princesa y la voz dulce que acariciaba y disolvía mis miedos infantiles. La veo delante del espejo probándose vestidos, a la vez que daba miradas satisfechas de coquetería a su cuerpo delgado y esbelto. Creo que ese es el primer y casi uno de los únicos recuerdos que tengo de ella. Así vive en mi memoria, porque también a ella la perdí.

No sé si todas las niñas muy pequeñas que han perdido a su madre la recuerdan como un ángel que se marchó al cielo, yo sí. Ella lo hizo en el verano de mis tres años. Una mañana se marchó y nunca más la volví a ver. Un accidente de coche cuando volvía del trabajo, eso era lo que me dijeron los abuelos, que no podían esconder su tristeza. No puedo saber mucho más de aquellos días, pero sí recuerdo que el abuelo me abrazaba a menudo con tanta fuerza que solo me transmitía pena. También notaba que la abuela estudiaba mis gestos. Fue tan diligente que aprendió a adivinar mis deseos antes de que yo los pudiese expresar.

Así comenzó todo. Ellos me criaron como una hija nieta única, tal como lo habían hecho con Helena, mi madre. Lo dieron todo por mí, sobre todo el amor a manos llenas.

Todo se apacigua con el tiempo, también el dolor. Cuando tenía diecinueve años, el abuelo sufrió un ataque al corazón y nos dejó. A la abuela no le quedaba nadie más que yo. Es por ese motivo por el que mi partida poco después le supondría quedarse sin más luz en la vida que la soledad. Ahora soy consciente de ello.

Hoy, en el despacho este abogado me da a entender que la abuela en el fondo sabía que mi destino era salir de su vida de esa forma, en fin..., abandonarla a ella y también al abuelo, aunque ya hubiese muerto. Un abandono más otra vez.

—Sí —me informa este señor con gesto nervioso—. Su abuela la ha dejado heredera de sus bienes: la casa donde ha vivido toda su vida y también sus ahorros, que aunque no sean una gran fortuna la ayudarán. Del dinero puede disponer a partir de ahora, porque su abuela hizo una cuenta a nombre de usted y no tendrá ningún problema. Pero, en cuanto a pasar a ser legalmente beneficiaria de la casa... no podrá hacerlo de momento porque existe una heredera legítima..., Helena, su madre.

—No puede ser, usted está equivocado. Mi madre murió cuando yo tenía tres años —le digo al abogado.

—No, María, esto es lo que los abuelos te dijeron —me dice de pronto tuteándome—. Ahora ya te puedo contar la verdad, tal como ellos me habían dejado encargado.

»Tu madre huyó a Argentina y te abandonó. La inmadurez infantil con la que se comportaba le pesó más que la responsabilidad que tenía contigo como madre. Se marchó con un joven que era su pareja en aquel momento. Al cabo de unos meses de estar en Argentina, escribió a tus abuelos explicándoles que habían roto y que se quedaría. Les dijo que por favor te cuidasen y que ella miraría de rehacer su vida.

»Los abuelos se quedaron destrozados, sin embargo te tenían a ti. A lo largo de más de veinte años, solo recibieron dos postales con el intervalo de una década, en ellas Helena les enviaba un beso y les decía que estaba bien, sin mencionarte a ti. Tampoco no había referencias de dónde localizarla. Como comprenderás, esto no te lo podían contar los abuelos.

»Lo siento, María, tu madre está viva mientras no se demuestre lo contrario, y hasta que no pasen más de siete años desde que tu abuela falleció, tú no podrás ser legalmente propietaria de la que es tu casa, siempre y cuando no aparezca Helena.

No me dolía el no poder ser heredera de mi casa hasta que pasasen algunos años, porque el socavón en el que había caído mi vida no se podía expresar con palabras.

El dolor más grande, el abismo más profundo había quedado grabado en mi alma.

Abandonada por una madre que yo recordaba como un ángel. ¿Cómo podría vivir a partir de ahora? Aunque lo que más me escocía era la angustia constante de mis abuelos por mantenerme al margen del desamparo.

Una y otra vez tenía presente la mirada de la tía, la que sabía las cosas mucho antes de que yo las pensase. La misma mirada azul de aguja afilada que cuando le dije que quería marchar. «Claro, María, tienes todo el derecho a querer hacer tu vida». ¡Y después me dio un beso tan dulce!

Siento también la mirada de tristeza de la tía cuando la dejé sola en casa, ya con la vida sin retorno.

Su renuncia a un futuro teniéndome a su lado, porque así yo podría seguir unos pasos antiguos, un viejo camino de abandono, tal como lo había hecho ella, mi madre.

Han pasado muchos días desde que estoy intentando comprender lo que me ha deparado la vida. Paso muchas horas en casa y recupero los viejos rincones donde había vivido con los abuelos. Aquellos lugares donde derramé mi ternura infantil y donde fui tan feliz.

Abro los cajones e intento comprender a la tía que lo ordenaba todo con cuidado. Las pequeñas tijeras con las que cosía, las mismas que habían cortado vendas para curarme heridas alguna vez, me hacen llorar amargamente su ausencia.

¿Hacia dónde me dirigía yo que no había sabido leer la vida?

Una mañana cuando salía a comprar para unos cuantos días, porque mi ánimo me dictaba que me separase del mundo y la gente, conocí a Pep.

Estaba sentado en el banco de delante de mi casa al lado de la fuente. En cuanto me vio frunció el ceño con gesto de sorpresa como cuando no te quieres creer lo que estás viendo. Se me acercó.

—¿Tú eres María, no? —me dijo. No me conoces, pero yo sé mucho de ti porque tuve la suerte de conocer a tu abuela. Ella me hablaba mucho de ti, eras el motivo de su felicidad.

Eso no hacía más que reafirmar mi idea de que yo no había sido justa. Pep me invitó a un café con leche en una granjita de enfrente y me relató su historia.

—Siempre se me iba la vista hacia ellos. Luisa tenía unos geranios que parecían encantados, rojos, blancos, rosas. Sus pétalos florecían con la intensidad de una vida joven, y llenaban los tiestos de la ventana más vistosa de toda la fachada de esta calle. Me gustan las flores. Son ellas las que me encaminaron a Luisa.

»Un día que miraba curioso su ventana, ella me saludo con un gesto de la mano. Yo sentí la timidez de un escolar pillado en falta y así comenzó nuestra historia. Al día siguiente, sin pensarlo dos veces vino directa a mí y comenzamos a hablar como si nos conociésemos de siempre. Me preguntó qué era lo que me intrigaba. Ella era intuitiva y observadora y le intrigaba qué podía buscar un voyeur de su ventana como era yo. Ni yo mismo lo sabía. Podría ser el destino que a través de los geranios me había hecho acercarme a alguien a quien no conocía. Me gustan mucho las flores, le dije. En realidad, yo solo sabía que tu abuela vivía sola y tenía la mirada triste.

»Me explicó que era viuda y que solo hacía dos meses que tú, su estimada nieta, te habías ido a Argentina. También añadió que eras la única persona que tenía en el mundo. Eso le daba un tono gris a sus ojos, aunque ella no se quejaba nunca.

Mientras Pep me relataba esta historia yo me di cuenta de que la abuela tampoco le había hablado de mi madre, aunque no sabía a qué grado de confianza habían llegado.

—La vida vino detrás —me dijo Pep.

»Paseábamos juntos todas las mañanas y hacíamos las compras rutinarias. Cada tarea hecha con ella se convertía en una aventura por más cotidiana que fuese. Si hacía sol, después nos sentábamos en ese mismo banco de la calle donde me has visto. Ya desde el primer día ella comenzó a tender una manta tibia y reconfortante con su ternura. Eso fue un bálsamo para mi temperamento de tendencia más bien pesimista y mi incapacidad de ver con alegría el corto futuro que nos quedaba.

»Sí, María, ya ves qué edad tengo, no puedo pensar en vivir mucho más y tu abuela lo sabía también de ella misma, aunque era todo lo contrario a mí. Luisa era alegre y dinámica, reía siempre y desterraba la pena. Para todos tenía una sonrisa amable, e imaginaba todas las travesuras de una niña con el fin de hacerme reír.

¡Cómo sabía yo que mi abuela era así! ¡Cuántas veces me había consolado y divertido a la vez! Pep me estaba haciendo un retrato que yo sabía de sobras y que había querido ocultar en el fondo de mi alma para no morir de angustia. Muchas veces, en aquellos largos meses sola en Buenos Aires había añorado la ternura de mi abuela: muchas veces había llorado a escondidas y era incapaz de reconocerme a mí misma que lo que me corroía por dentro era la pena y el remordimiento de haberla dejado sola. Y yo obstinándome en perseguir una nueva vida.

Pep continuó con su vivencia.

—Al cabo de unos días le dije la verdad: me fijaba en tus geranios, y en cómo los tienes de preciosos.

»Y ella con su simpatía habitual:

»—Pero, cariñete, eso es porque los riego cuando sale el sol. Esa es la mejor hora porque cogen la magia del rocío y no los quema el sol y también, claro, por estas manos que los tocan amorosamente... —me decía burlona. Toda mi vida me he levantado temprano y ahora lo primero que hago es ocuparme de ellos. Tampoco pienses que tengo muchas obligaciones ya. Los geranios me lo agradecen con sus flores.

»—No dudé ni por un momento que ella tenía razón. Yo también le agradecía cada día que pudiese participar en los detalles más sencillos y cotidianos de su vida. Sabía que ella se sentía muy sola y con mi compañía, todavía tenía una pizca de ilusión. Yo también le confiaba mis emociones, tan intensas como el color de sus flores.

»De tu existencia sabía porque me lo contaba ella. Cuando recibía carta tuya su día se llenaba de alegría. Me las leía un montón de veces y me comentaba cada línea. Solo la tenía preocupada que le ocultases alguna pena. —Cómo me conocía la yaya, pensaba yo.

»Te he conocido nada más verte, no solo porque, claro, me había enseñado miles de fotos tuyas desde que eras pequeña, sino porque también te pareces tanto a ella como si fueses hija suya y no nieta. Qué pena lo de Helena. En cambio, tu abuela parecía haber superado la muerte de tu madre, porque de ella no hablaba nunca y cuando lo hacía era de pasada y la conversación acababa siempre recayendo en ti. Eras una joya para ella y, por lo que sé, lo habías sido también para tu abuelo, con quien ella tenía conversaciones imaginarias y lo echaba mucho de menos.

»Aquella mañana de hace dos meses vine a buscarla, como todos los días, como no me contestaba, abrí la puerta, porque me había dado las llaves. A veces no oía el timbre. La encontré en la cama como si estuviese dormida. Reposaba en una almohada muy blanca y con la mejor de sus sonrisas, como siempre había hecho. Aquel día ya no se había levantado al alba porque se había ido de aquí.

Pep me acaba de dar la última gran lección de amor de mi abuela y comprendí también la gran estimación que sentían el uno por el otro.

No pude más y estallé a llorar, desesperadamente, porque ahora yo sí que estaba sola en el mundo.

Le conté la verdad de la historia de mi madre de la que yo me acababa de enterar. Mis abuelos habían optado por no decir nada y continuar viviendo por mí sin morir de pena. Pero ahora Pep, que había amado tanto a la yaya, se merecía conocer todo el fondo de la fortaleza de esta mujer.

Muchos días desde la calle, nos quedamos mirando sus geranios que alzan su saludo al cielo y le ofrecen sus flores de primavera, reventando de rojo, blanco y rosa.

Y aquí estamos Pep y yo, llorándola.

L'autora

(Barcelona, 1960)

Des de ben petita he estat una lectora voraç. Fa molts anys que em vaig llicenciar en filologia hispana i la meva professió ha estat intentar transmetre la passió per la literatura a moltes generacions d'adolescents en instituts. No sabia dir quant d'això he aconseguit, però el cert és que la literatura, sobretot la narrativa, forma part de la meva manera d'entendre el món i em considero privilegiada d'haver pogut deixar un granet de sorra perquè es conegués.

He estat premiada en diversos certàmens literaris a Pallejà, Barcelona, Ulldecona i Sant Joan Despí. I m'han publicat en *Més petits grans relats* (2015) i *Tretze petits grans relats* (2016), de l'editorial Platypus.

Li demano a qui s'encarregui de distribuir el futur que em doni llarga vida d'ulls i d'enteniment per poder lliurar-me sense mesures a viure dintre del món dels llibres.

Relats breus
Any 2021

Composició del jurat 21è premi - Any 2021

PRESIDENTA

Judith Riera

Tinenta d'alcaldia i regidora d'Igualtat i Polítiques LGTBI
de l'Ajuntament de Sant Joan Despí

ALTRES MEMBRES

Àlex Medrano

Tinent d'alcaldia i regidor de Cultura, Promoció Associativa i Turisme
de l'Ajuntament de Sant Joan Despí

Llum Torrens

Esriptora i representant del Racó de Dones Escripores de Sant Joan Despí

Roser Lleixa

Esriptora i representant del Racó de Dones Escripores de Sant Joan Despí

Elvira Toro

Esriptora i representant del Racó de Dones Escripores de Sant Joan Despí

Judith Viñas

Directora de la Biblioteca Mercè Rodoreda de Sant Joan Despí

Laura Bosque Lafarga

Actriu, cantant i lectora apassionada

Dolors Pedrol Claramunt

Professora i cap del Departament de Llengua Catalana de l'Institut
Salvador i Pedrol de Sant Joan Despí

I actuant com a secretària

Rosa Baixas

Cap d'Acció Social i Igualtat de l'Ajuntament de Sant Joan Despí

Obres premiades
2021

Primer premi, *Espectora de Sant Joan Despí*

Quatre gotes

de Marina Rodríguez Parpal

Primer premi, *Espectora de fora de Sant Joan Despí*

Martina

de Mireia Duran Overbeeke

Primera finalista

El mar dins d'un llibre

de Nora Nadal

Segona Finalista

Trazas y mañas

d'Eva Maria Pelegrí Margelí

Tercera finalista

El naufragi

de Berta Anglada i Oriol

Quarta finalista

(Premi desert)

Estic asseguda a la pica de la cuina. Estava farta que l'únic racó del pis on entrava un bon raig de llum fos allà i haver-lo de desaprofitar (no arriba fins a la taula), així que he decidit posar els peus a la pica i el cul sobre l'escorreplats. No és la cosa més còmoda del món, la veritat, però la incomoditat pot acabar amb la monotonia i arribar a ser d'allò més inspiradora. Els meus millors relats els he escrit en llocs ben insòlits i poc convencionals. Trobo que hi ha una certa conformitat en els textos escrits des de la comoditat. Tot i que fa tres mesos i vuit dies que em sento incòmoda i no he escrit ni una ratlla. Abans d'això ja feia més de mig any que no seia a escriure. Però era per la comoditat. És estrany que em costi més escriure quan estic feliç? Potser sí. Ara m'ha abandonat la inspiració i ja no sé per on començar a escriure. I això que tinc una gran imaginació, molt activa i rica en detalls. Tot fregant els plats puc trobar-me de sobte en la situació més extraordinària, sempre inventant moments de vida impossibles. No sé si servirà de res, però tot fent scroll a Instagram aquesta matinada he vist una publicació sobre recuperar la inspiració que suggeria començar a escriure qualsevol cosa, sense propòsit, només per despertar l'instint d'escriptora. I aquí em trobo. Asseguda a la pica de la cuina, un dimecres al migdia, començant un diari per desena vegada a la vida. Suposo que quan em cansi el llençaré. Em demano quant temps aguantaré recopilant la meua vida. Sobretot ara que no passa res. Segueix plovent. Però fa sol. És una novetat esperançadora d'aquesta última setmana. Potser per això m'he atrevit a intentar recuperar l'escriptura. En fi, no sé què hauria d'explicar. Tindria sentit explicar la situació inaudita que estem vivint, suposo. És complicat, però. Faré el meu millor intent per capturar aquest moment històric quan hagi recuperat una mica de pràctica en aquest diari. Per ara puc descriure la Nala.

La Nala té quatre potes, és negra com l'atzabeja (quina paraula més maca, oi? En realitat no és tan fosca ni lluent, però m'ha semblat més poètic) i la cua, més curta del normal, és com... Quina merda, no té cap gràcia descriure la Nala. Me l'estimo molt, però no és gaire interessant. És una gata que vam adoptar fa... És una gata que va adoptar la Mireia un Nadal perquè va veure un anunci d'aquests que diuen «no compris, adopta». Ella no pretenia ni havia considerat mai comprar cap gata, però al final en va adoptar una. Li va fer molta pena, tan petita i amb la cua escapçada. A mi no em va agradar gaire, però no vaig dir res perquè tot el que feia la Mireia em semblava genial. La Mireia va marxar fa dos mesos i fa tres setmanes que no en sé res. És igual. No és igual. No vull escriure sobre la Mireia, és massa d'hora. Em fa mal pensar en ella. Que ja no tornarà a casa. A casa meua. Ja no és casa seva. No vull seguir.

Ja és de nit, així que ara m'he assegut al sofà. He posat música de fons per inspirar-me. Música clàssica perquè sembla romàntic i poètic. Crec que mai abans havia escoltat música clàssica per escriure. M'agrada. És suau però té un to èpic. Podria escriure una batalla medieval amb dracs, una princesa desamparada i l'heroïna que ve a salvar-la en l'últim instant. No seria una bona història. Abans he hagut de parar. La incomoditat inspira, però l'escriptura porta a racons de l'ànima que no ens atrevim a explorar sense un bolígraf. En algun moment escriuré sobre la Mireia, sobre què va passar, sobre com em sento... No encara, però. La pluja és més forta ara. Quan lluïa el sol he sortit al balcó i m'he abocat al carrer. L'aigua queia com un torrent per l'avinguda, ara ja convertida en canal. No estic segura de si el nivell havia pujat respecte d'ahir, però estic convençuda que és més alt que fa uns dies. Ha passat un cotxe i m'he estremit. Sempre em posa els pèls de punta veure un cotxe arrossegat per la inundació. És una mostra de la impotència que estem sentint. He apartat la mirada. Em fa por mirar massa i veure que hi ha algú a dins. Jo mai he vist passar un cotxe amb gent a dins, però he llegit que en passen. És clar que en passen. Els del principi, sobretot. Quan van dir que de seguida passaria el mal temps. A les notícies recomanaven no agafar el cotxe, però sempre hi ha gent que ignora els avisos, que es creu més valenta (o més estúpida) o que potser no tenien cap altra alternativa que intentar arribar al seu destí. També he vist passar una estructura de fusta estranya. Una mena de pals força grans que se submergien i tornaven a flotar a mesura que avançaven. M'he quedat mirant-los fixament intentant descobrir de què es tractava. És un dels meus únics entreteniments últimament, endevinar les restes arrossegades per l'aigua. De vegades em fa por el que pugui veure. Però avui no. Volia endevinar-ho. Al final he pogut suposar que era l'estructura d'un gronxador. També hi havia un tros de plàstic que devia ser el tobogan del mateix parc. M'ha fet pena.

Fa tres dies que no escric res al diari. El que està passant és tan emocionant que no m'he atrevit a deixar-ho per escrit per no donar-me falses esperances. I era l'únic que tenia ganes d'explicar al diari. Tot i que no ho vull, tinc esperança. Qui no en tindria després d'aquests tres dies? Segur que a les notícies és l'únic del que es parla. No puc saber-ho perquè el dia que va marxar la Mireia, després de passar-me cinc hores mirant la pantalla del televisor, vaig agafar l'aparell i el vaig tirar pel balcó. Va caure al torrent d'aigua de l'avinguda i va desaparèixer en un instant. Crec que aquell dia va ploure més que mai.

M'esperaré una setmana per explicar què està passant, per si de cas especular sobre això porta mala sort. Però també ha passat una altra cosa. Gairebé més emocionant.

Bé, decididament més emocionant per a mi. Va deixar-me l'estómac fet un nus tot el dia. Em va escriure la Mireia abans-d'ahir. Només va contestar a la meua pregunta demanant-li si havia arribat a resguardar-se de la pluja i es trobava en un lloc segur. M'ha dit que sí, que no pateixi i que espera que jo també estigui bé. No m'ha fet cap pregunta que pugui respondre i seguir amb la conversa. De moment he enviat una careta somrient, un acusament de recepció modern. La Nala m'ha pujat a la falda, potser nota que necessito una abraçada. Deu trobar a faltar la Mireia també? Al cap i a la fi va ser ella qui la va adoptar. Però ens ha deixat a totes dues. No és just en realitat, no podia emportar-se la Nala. Ja ho sé. És bona persona. Ni tan sols puc enfadar-me amb ella. He començat a acariciar la Nala i he acabat enfonsant la cara al seu coll pelut, sentint la seva calor i el soroll ronc que emet quan està contenta. M'he quedat així amb una sensació de confort desesperat, podria haver-se acabat el món en aquell instant, amb la pau d'assossegat els sentiments contra una gata, però la Nala s'ha cansat i ha fet un esbufec perquè deixi d'aixafar-la.

He estat repassant el nom de la Mireia un cop i un altre, sense saber ben bé com començar l'entrada del diari d'avui. Crec que el seu nom ha traspasat la pàgina. He parat abans d'esquinçar-la. M'estic tornant boja. No deixo de mirar el mòbil un i un altre cop. Encara que no hagi vibrat, el miro per si no me n'he adonat. I, encara que no tingui cap notificació, entro al xat per si no ha saltat el missatge. Després de donar-hi moltes voltes li he preguntat com va arribar fins a casa. Crec que és una pregunta normal en un moment com aquest. Pot quedar com simple curiositat, oi? Cap resposta. Torno a ser on era el mes passat quan esperava saber si es trobava a resguard de la pluja. No. És una pregunta estúpida. Ximple. Bàsica. És obvi que només intento encetar una conversa. I per això no m'ha contestat. Ja sé que només podria haver arribat fins a la seva ciutat amb el ferri i a través dels ponts mòbils. Quina por. Sé que diuen que són d'allò més segurs, però els han construït tan de pressa que es veuen de nyigui-nyogui. I el ferri és un dir. Per poder anar per la inundació, més aviat és una barca grossa i no n'hi ha tants. No és com si fos el nou bus... Encara que potser ho serà.

Fa tres mesos i dues setmanes que plou. Finalment puc explicar què ha estat passant aquesta setmana perquè ha resultat en falsa esperança. De dilluns a dijous gairebé no ha plogut. De fet, hi va haver estones en les quals no plovia gens ni mica. Gens. S'havia aturat la pluja. Després de tres mesos de pluja ininterrompuda per fi semblava la fi de la catàstrofe. Es van sentir petards i tot. La gent va tornar a sortir als balcons i ens miràvem els uns als altres exclamant: «S'ha acabat! S'ha acabat!» Bé, jo no vaig exclamar res. Però sí que vaig sortir al balcó i vaig saludar entusiasmada les veïnes de l'edifici de

l'altra banda del carrer. Eren al terrat i s'havia ajuntat tota l'escala per fer una paella aprofitant la poca pluja i el sol. No podia deixar de somriure. Una paella popular. Ja havia oblidat aquest concepte. Tres mesos de reclusió poden fer-te oblidar les coses més senzilles. Amb les meves veïnes no tenim tanta amistat. És clar que ens hem forçat a millorar la nostra relació i ser cordials, ja que no hi ha gaire opció d'interacció social ara.

Quan va començar a ploure, els del temps van dir que serien quatre gotes. Van anunciar que baixarien una mica les temperatures el cap de setmana i que plouria una mica. El Tomàs Molina va fer alguna broma sobre no oblidar-se els paraigües i després va assegurar que la setmana següent ja tornaria el bon temps. Ho recordo bé perquè ho vam comentar amb la Mireia i vam parlar amb el grup d'amigues de canviar el pícnic que havíem planejat. L'endemà semblava el diluvi universal i li vaig dir a la Mireia: «Quatre gotes va dir el Molina!», i ella va respondre: «Me'n vaig a viure a Londres.»

La Mireia pensava mudar-se a Londres per treure's el doctorat i ser professora a Cambridge. M'hauria alegrat molt per ella si m'hagués explicat els seus plans abans de fer-los. Però tot formava part del que li rondava pel cap, suposo. Així que el dia que va decidir no posposar més dir-me que marxava i que no volia que anés amb ella va ser el primer dia de la pluja. Havia de marxar en dues setmanes. La vaig ajudar a fer la mudança. A posar totes les seves coses en capsos. A decidir quines coses eren seves o meves. I el pitjor, quines eren de totes dues. Com la Nala. Quan va arribar aquesta qüestió va abraçar-se a la gata i va plorar durant quasi dos dies sense parar, acceptant que no podia emportar-se-la amb ella a Londres. Va plorar més per la Nala que per mi.

Estic gelosa d'una gata?

Ho estic.

El seu vol es va cancel·lar pel mal temps. Una vegada i una altra. Va ser una agonia haver de conviure més temps del que ella creia, amb el ressentiment creixent entre totes dues. No puc arribar a descriure com de penoses van ser aquelles setmanes sense sentir una profunda humiliació, vergonya i autocompassió. És difícil confessar —fins i tot en un diari— que vaig pregar-li entre llàgrimes que no em deixés. Que li vaig cridar furiosa acusant-la de freda, d'insensible. No ho és. Potser només va equivocar-se a triar la manera de gestionar la situació. M'ho podria haver dit. Jo hauria entès que volgués anar a Londres. Per què m'ho va amagar?

Ahir vaig deixar d'escriure el diari perquè em vaig endinsar en una espiral de foscor, donant voltes obsessives a les raons de la Mireia. Voltes inútils, perquè ella es va ex-

plicar molt bé. Busco motius més enllà de la veritat, perquè necessito pensar que hi havia alguna cosa més, un motiu ocult fora de mi, fora dels seus sentiments cap a mi. Perquè acceptar que ja no m'estima és massa. Però ja no m'estima. No m'estima. No m'estima. No m'estima.

He escrit aquesta frase tan punyent deu vegades més. Ho he arrancat del diari i m'ho he enganxat a la tauleta de nit, cap per avall i amb les lletres contra la fusta. Així, quan comenci a dubtar de nou, només he d'aixecar la nota i tornar a la realitat. No vull parlar més del que sento. M'he de cenyir a descriure la situació. La Mireia no ha anat a Londres. Allà la devastació ha desembocat en una crisi humanitària. Tot i que a Anglaterra estaven més acostumats a la pluja, això no hi té res a veure. El que està passant ara és una tempesta virulenta, torrencial. Especialment durant les primeres setmanes. Després ha anat minorant i tornant a augmentar d'intensitat de manera intermitent. La tempesta afecta mig Europa. Tampoc vull parlar de la pluja. N'estic tan farta. I més ara que creïem que ja acabava. I ha tornat a començar. Sortir de casa és gairebé inviable. Per anar a comprar, pots arriscar-te anant per les zones protegides d'inundació i els ponts mòbils fins al supermercat més proper o al CVS (centre de venda de subministraments) de la teva zona, si el supermercat està inundat. Jo no m'hi atreveixo. Algun dia que plou molt poc i fa una mica de sol he anat a comprar, només si necessitava poca cosa i perquè tinc un súper davant de casa. Així si de sobte cau un xàfec, puc córrer cap a casa. Em fa pànic que s'inundi el meu carrer. En general demano el menjar online i m'ho porten amb un dron fins al balcó o el terrat de l'edifici. És al·lucinant com hem perdut tantes coses i a la vegada s'han desenvolupat algunes tecnologies més ràpid que mai per poder sobreviure a aquesta extraordinària situació. Estan inventant coses d'allò més estranyes i diuen que el futur seran cases flotants, cases mòbils que podrem traslladar com cotxes. I també es parla de cases altes, com una caseta de joguina en un arbre. Parlen de ciutats aèries. Cotxes voladors per tornar a desplaçar-nos com fèiem abans. Qui vol tornar al trànsit? No entenc el món.

Avui he fet videotrucada amb la família. No hi ha cosa que em deixi més exhausta que això. És un guirigall de crits, interferències, ordinadors que tenen retorn i sonen amb eco, talls de connexió i, en definitiva, pur caos. Ara em fa mal el cap. He sortit al balcó perquè em toqui una mica d'aire fresc. S'ha de dir que ja no hi ha contaminació gairebé. S'hi respira millor. He trasplantat l'alvocat a un test més gran. El vaig plantar fa mesos i per fi sembla que la tija creix i creix. No sé què en faré quan sigui més gros, però ja hi pensaré. Després he regat les plantes. Tot semblava bastant normal. Avorrit fins i tot. I aleshores he sentit un brunzit familiar. He alçat la mirada i he vist el dron

verd amb lletres taronges venir cap a mi. Havia encarregat un televisor nou. Després de pensar-hi em va semblar una ximpleria haver llançat l'altre pel balcó. I, sincerament, una mica bàrbar, ara que ho poso per escrit. De totes maneres, crec que el meu destí és no tornar a veure la televisió. Quan era a tocar del balcó, s'ha sentit un brunzit més fort i un altre dron enorme ha envestit el primer. Òbviament el televisor ha caigut, però el segon dron l'ha agafat al vol i se l'ha emportat. El controlava algú prou a prop per veure-ho tot. Els meus veïns m'han robat.

Torno a ser a la pica de la cuina. Amb el cul sobre l'escorreplats i encorbada sobre el diari. Avui també fa sol. Fa cinc mesos i dotze dies que plou i l'aigua ja ha pujat un pis més a l'avinguda. Sé que fa massa que no he escrit res al diari. Ja sabia que no seria capaç de ser consistent. Però l'experiment ha funcionat. Ho feia per inspirar-me i ho he aconseguit. Últimament he estat escrivint un projecte de novel·la. La idea encara està molt verda i segurament no anirà enlloc, però n'estic contenta, de moment. Va ser l'incident dels drons el que més em va inspirar. Es tracta d'una història de ciència-ficció futurista. I passa en un planeta on no plou mai. Parlant de pluja, avui ha minorat força. Vull treure la mà per la finestra i veure si em mullo. He tret la mà per la finestra i he esperat una mica fins a sentir que em mullava. Durant uns segons m'he quedat mirant-me el palmell de la mà, comptant les gotes que hi han caigut. La prova que això no acabarà mai.

Una, dues, tres, quatre gotes que no paren de caure.

L'autora

Vaig néixer el 1996 a Sant Joan Despí i des de petita m'ha agradat llegir, escriure i, sobretot, inventar. M'agrada saber una mica de tot i per això vaig estudiar periodisme. Faig activisme feminista i LGBT+ i el 2018, juntament amb unes companyes, vam crear el grup Aquelarre. Als mons que escric ja no hi ha patriarcat i aspiro a crear espais (ficticis i reals) segurs per a totes.



Una veu ferma pronuncia el seu nom per segona vegada des del final del passadís, mantenint la cordialitat però no la paciència del primer cop.

—Mariona Capdevila!

—Sí, sí... Ja vinc!

Amb un «prepárame los informes y lo hablamos mañana en la reunión del comité», la Mariona s'acomia del seu interlocutor telefònic i fa sonar els talons de forma accelerada tot deixant enrere el cartell enganxat a la paret que prega silenci. Concentrada per no relliscar sobre el terra moll, com qui busca un pretext per no pensar en les possibles esgarrifances de la revelació imminent, no s'adona que li cau la targeta acreditativa que encara duu pinçada a la solapa de l'americana. La dona de la neteja la recull i li fa un cop d'ull furtiu abans d'avisar-la. «International Sales Manager» és el títol que llueix al costat d'un logotip de traçat molt més potent que les dues inicials que ella porta brodades a l'uniforme. Quan la hi torna, lamenta que les seves ungles deslluïdes xoquin contra la manicura perfecta de la Mariona, com si amb la carraca que condueix per vehicle hagués fet un cop a la carrosseria d'un cotxe esportiu. La Mariona li agraeix el gest amb un somriure mesurat, no vol que se li formin les maleïdes arrugues als límits dels ulls que d'uns anys ençà li recorden que, desgraciadament, el temps passa i la fruita madura. No s'ho hauria pensat mai, que ara es pogués trobar en aquesta situació, que els seus desitjos no fossin una opció subjecta a la seva voluntat. Ella, la Mariona Capdevila, la Imparable —com ja li deien des de l'institut—, havia topat de nassos amb l'adversitat, i si no arriba a alçar a temps la vista del terratzo, també hauria impactat contra la porta de la consulta.

—Disculpi el retard, doctor.

Una furtiva comprovació per sobre les ulleres i l'home torna a enganxar la vista a la pantalla. Ja tenien els resultats de les proves. Sense desvelar-ne el contingut, les imprimeix per mostrar-les-hi millor, diu. La impressora s'encalla, va molt lenta i fa sorolls d'andròmina vella. El doctor li fot un cop sec al bell mig de la carcassa. «Esperem que no ho arregli tot així», pensa la Mariona alhora que, imposant-se tranquil·litat, cerca un bri d'esperança en un rostre que presta més atenció al mal funcionament de les màquines que al dels humans. De cop, l'aparell escup l'informe, emet un bip estrident i s'apaga. El doctor dona una ullada al paper com si no l'hagués vist ja en pantalla i,

ara sí, li clava la mirada, greu. Un rictus d'inexpressiva professionalitat, la postura competent, el formalisme glacial. Malauradament, bla-bla-bla. En acabar, la commiseració formant un clotet vora el llavi, el temps just per dir fins a la propera i tanqui la porta en sortir.

La Mariona arriba a casa i deixa el sobre i el bolígraf que l'auxiliar li ha regalat per llàstima a la taula de vidre del menjador i espolsa amb desídia les petites mosquetes que començaven a congregar-se vora la fruitera. Mentre buida les butxaques del manyoc de kleenexs que l'ha consolada durant el camí de tornada, sent les claus d'en Cesc fent punteria al pany de casa. Ara no. No està preparada per constatar-ho, que encara se li trencaria la veu en anunciar-ho. Coneix bé la rutina d'en Cesc: es traurà el calçat per no fer malbé el parquet, nou de trinca, i seguidament la buscarà per fer-li, malgrat l'hora, el primer petó del dia.

—Maria?!

Ràpidament, es tanca a l'habitació que, des de fa més temps del que hauria de durar la provisionalitat, fa la funció de gimnàs. Si pedaleja molt, molt fort, podrà posar l'excusa que no l'ha sentit arribar...

—Mariaaaaaaaa!

Merda. La Maria empeny la cadira amb el cul i impacta amb la paret del darrere. Fa dues passes i obre la porta del despatx d'una estrebada.

—Què vols? —crida.

—Que la Martina s'ha despertat, plora i crec que és perquè té gana —li respon en Joan des de l'habitació annexa.

No feia ni vint minuts que la Maria s'havia assegut a escriure. Ni vint minuts. Havia obert el quadern de notes, abandonat des de feia un parell de mesos, per la primera pàgina disponible, que ja era de les últimes, i amb retrobada il·lusió havia escrit el títol del concurs literari i el pseudònim —Mar— a la capçalera, esplaiant-se en les cadències i ornaments de cada una de les lletres, dilatant el marge de confiança voluble de qui comença l'exercici per la part invariable mentre reuneix el valor per encarar el desafiament blanc que vindrà a continuació. Però... argh! Així no hi havia manera de concentrar-se. Així no, amb aquella criatura bramant. No es referia al pare, en aquesta ocasió. La intensitat se li cola dins el cervell i li silencia preguntes que ja no tenen remei. No és que no volgués ser mare, és que no volia deixar de ser la Maria. Maleeix l'entorn

amb un fil de veu tan prim que només ella s'arriba a escoltar, com si en el fons només ella en fos la destinatària. Qui podia idear res que fos mínimament presentable si l'interrompien constantment? Els plors són cada vegada més intensos, més desesperats. Més desesperants. Imagina un prat verd, el silenci aromàtic de les flors...

—Mariaaaa!

—Collons! És que no puc tenir ni mitja hora per a mi? —La Maria es planta a l'habitació i pren la nena dels braços d'en Joan.

—Sento interrompre't, vida —el somriure conciliador no defalleix mai—. Què feies?

—Escriure. —La Maria respon sense mirar, cercant el clip per desconnectar-se el sostenidor. S'adona que ja duia el pit fora des de l'anterior presa.

—I sobre què escrius?

—Sobre una dona que no pot tenir fills —contesta amorrant-se el bebè al pit.

En Joan arqueja les celles i segella els llavis, sap que no és el moment per recalcar ironies.

—Amor —calça ell—, si pogués ho faria jo, però...

—Que sí, que ja ho sé, si poguessis ho faries tot, tu. Però, és clar, quina culpa tens tu que Déu tingués la descaradura de posar-vos mugrons i no connectar-vos-els. Premi a la millor broma misògina; oh, quina sorpresa!

—Si ha de ser tan problemàtic, li donem biberó i au!

—No...

—Doncs, llavors no et queixis.

Nye, nye. En Joan sabia conciliar el temperament amb mesura, reduint els conflictes a dicotomies racionals i lògiques. Era l'equilibrista que dansa sobre la corda tensada i en acabar encara saluda amb una reverència elegant. A la Maria la treia de polleguera que fos tan irrefutable. Ja el sentia a la cuina, fregant els plats. Ni un motiu li deixaria per queixar-se.

Amb el nadó en braços s'apropa a la finestra, el reflex escabellat de la seva individualitat es difumina sota les espatlles. Acota el cap i veu la criatura com mama, els llavis enrogits fent ventosa sobre la seva pell de marfil. Unes galtes com préssecs que xuclen

i s'omplen de vida, recolzades sobre un cos ja quasi transparent. Però com pot pensar una cosa així? És una persona horrible. Què és el que vol? En què s'ha convertit? Deixeu-la en pau! S'emprenya amb ella mateixa, està cansada de les seves pròpies contradiccions, de no poder abastar-ho tot, d'haver-se de justificar si a vegades no és feliç dins l'idil·li que viu.

A través del vidre, veu la veïna de l'altra banda del carrer exercitant el cos atlètic sobre una bicicleta estàtica. La musculatura ferma, la pell bruna, llisa i brillant. A la Maria, en canvi, li penja fins i tot l'ànima. No gosa comprovar si el plec flonjo de la panxa encara li impedeix veure's el pubis. Ai, però, la temptació... Doncs, no, no se'l veu. De rebot, s'adona que duu una cama depilada i l'altra no. L'asimetria culmina perfecta amb el vessament de la primera llàgrima.

Les gotes es despengen de la barbata una rere l'altra, la derrota lliscant camuflada entre la suor. La Mariona s'ha entregat a l'exercici amb tal desfici que en davallar de la bicicleta les cames li fan figa i avança cap al finestral fent tentines, com un mutilat de guerra que, arrossegant-se en l'agònic camp de batalla, es debat entre deixar-se morir o aprendre a caminar de nou malgrat les mancances. Sap que en Cesc coneix els resultats perquè no l'ha interrompuda. Ell és així, dels qui desconeixen que en silenci també es pot fer companyia, dels qui s'incomoden si no saben què dir i el seu millor consol resideix en l'absència. Des de la penombra de l'habitació observa la cromàtica vibrant que l'oest imprimeix sobre la façana del davant. L'ocàs en tenyeix els maons d'una calidesa dramàtica, emmarcant com un somni inabastable la finestra de la jove que bressola el seu nadó. Li sembla apreciar que, mentre li canta, li cau una llàgrima. Com no emocionar-se? Llàgrimes de felicitat. S'encara amb el miratge i l'atzar dels reflexos fa que, per un moment, es vegi a ella mateixa sostenint el nadó. Amb molta cura ajunta els braços atlètics imitant la posició de la mare, balancejant-los suaument. La gosadia d'un somriure esmunyedis fa tremolar la seva fermesa. Si hagués sigut nena, s'hauria dit Martina. De cop, però, l'horitzó redueix el darrer escamot de llum i l'emmirallament desapareix mostrant la despietada realitat aliena rere el vidre. La il·lusió s'esmicola en comprovar que el seu bressol només recull el buit; un buit tan feixuc que no sap si serà capaç de sostenir la resta de la seva vida.

I ara, què? Desplega els braços i en un darrer intent d'autoconciliació s'acaronava el ventre, pla com la burla. La Mariona s'enrabia. S'enrabia i crida. Crida amb tot el cos i es colpeja la panxa, una, dues, deu vegades, les que faci falta per arreglar un rellotge de

biologia defectuosa. Si no el pot reparar, almenys que s'aturi, per favor! Però de la mateixa manera que l'ús de la força en qualsevol tasca de reparació, en tant que pal·liativa per a l'executor, no fa més que agreujar el funcionament de l'andròmina receptora, la Mariona acaba per trencar-se. Es deixa caure sense esma ni per a un gemec i s'arruïja com un fetus vora el finestral del balcó.

La Maria es desperta amb el cos entumit. La postura de marioneta plegada en què s'ha adormit amb la petitona en braços l'ha deixada baldada. Sembla que la cançó de bressol d'El noi de la mare ha funcionat, massa i tot. Extremant la cautela, com si d'una bomba de rellotgeria es tractés, diposita la nena al seu llit.

Sí! Per fi, una estoneta per a ella sola! Sola, soleta, ella i només ella, com abans. Sense apèndix. L'esquena se'n ressent i els badalls s'obren pas sense permís, però no en pensa fer cas, ha d'aprofitar el temps que té abans no se li escapoleixi d'entre els dits. S'asseu amb la llibreta estesa i repassa allò que ha escrit fins ara. Abans d'adormir-se havia tingut una idea boníssima per finalitzar el relat, com era? Una mena de portent complementari... Panses i figues, i nous i olives. Punyeta de cançó. A veure, la Mariona no podia quedar-se així, desfeta. Necessitava un nou al·licient, el poder de concebre d'una manera diferent, si no era amb el cos, doncs, amb... mel i mató.

Prou! No pot més. El bolígraf negre li cau de les mans quan tot just ha redactat l'última frase d'aquell final que creia fabulós. El rellegeix. Definitivament, és absurd. Ho ha d'acceptar, ara no és el moment, si segueix així, no gaudirà ni d'una cosa ni de l'altra, i n'hi ha una que no la pot guardar al calaix. La revelació l'escanya i els ulls li couen, però ara toca ser forta: la Maria estripa els fulls de la llibreta i els rebrega creant una pilota punxeguda i irregular. Pondera uns instants la geometria imperfecta i el pes irrisori de les seves idees; vistes així, esclafades les unes contra les altres, pensa que potser ni tan sols eren bones. Qui s'havia cregut? Obre la finestra i llença la bola de somnis esgotant la poca força que encara li queda.

La col·lisió d'un floc insòlit sobre les rajoles del balcó treu la Mariona de l'estèril tràngol reflexiu en el qual es veu submergida. L'imprevist l'encurioseix amb cert recel, reacciona furonejant cautelosament com un animal salvatge davant d'un aliment de massa fàcil accés. Flota una atmosfera tènue a l'habitació que l'embolcalla i arraulida s'hi troba molt bé. Però sap que no s'hi pot quedar per sempre, així. Que potser és hora d'avançar en una altra direcció, hora de deixar aquesta etapa fosca enrere i començar de nou. Qui sap les passions que guarda aquest paper matxucat, almenys una anècdo-

ta per comentar durant el sopar que silenciï qualsevol altre fil de conversa. Finalment es decideix, reverteix la flexió de les cames i treu el cap per l'esclotxa de la finestra. Ara un braç, després l'altre, i per últim, fent força contra els marcs, la resta del seu cos surt expulsat cap a l'exterior. Escombria amb el puny les restes del plor i recull el manyoc: el desembolica, l'allisa, el llegeix i somriu. Sense perdre ni un instant, vola fins a la taula del menjador, endrapa amb ganes la poma estovada de la fruitera i pren el bolígraf blau que, molt encertadament, li han regalat a la clínica.

L'autora

Em dic Mireia Duran i vaig néixer un castany dimecres de fa trenta-dos anys. Arquitecta de professió i creativa per vocació, ocupo totes les hores que la feina i la filla em deixen disponibles (que són molt poques) a alliberar la ment i les mans amb qualsevol dels múltiples projectes que vaig arrossegant eternament: cosir robes amb les teles adquirides en algun remot viatge, fer-me algun bonic penjoll d'argila polimèrica, projectar la casa ideal..., i últimament novel·lar les darreres aventures viscudes amb un equip d'arqueòlegs en terres iraquianes. Tant de bo algun dia descansin impacients a la vostra tauleta de nit! Seguiré treballant, sempre acompanyada d'un plàcid roncar felí de fons.



Teníem el mar guardat a dins d'un llibre. I en obrir el llibre, a través del temps, rebíem l'alenada de brea que s'evadia del seu interior i ens convidava a introduir-nos, una vegada més, en una trama de novel·la que no ens pertanyia, però que, tot somniant, havíem fet una mica nostra. Llavors, ambdós érem protagonistes d'una història real en terra ferma, la nostra història, al marge dels velers i de les ones. Però, d'alguna manera, també ens sentíem protagonistes d'aquella altra història fictícia inspirada per algú a flor d'aigua i que tenia el poder, repetidament comprovat, de rescatar-nos tot llegint del perill de sucumbir ofegats en la immensitat de la vida, en les seves profundes monotònies.

Mentrestant, el vespre s'esmunyia de puntetes pel finestral i ens sorprenia asseguts al sofà d'aquell redós d'intimitat com si, a través d'algun prodigi, restéssim en una tovallola de colors vius estesa sobre l'arena de la platja un migdia assolellat, allà on el vent esdevenia brisa...

Els blaus ja admirats i les remors ja conegudes procedents del llibre obert, com a part evocadora del paisatge costaner, ens cridaven des del fons d'aquell paper imprès tot-hora-tebi, perquè conservava, amb un toc de novetat immarcescible, les nostres empremtes gravades durant anys i anys. I, agafats de la mà, a través de capítols onejants i de vols de gavines, avançàvem igual que avançava la vida fins a assolir llur desenllaç.

Acaronàvem aquell contingut literari amb els dits molls de la riba; a voltes, fins i tot, amb els ulls humits d'esquitxos d'escuma. Un cop deixàrem enrere les nostres primeres etapes junts, etapes que no reclamaven encara al·licients afegits, perviuríem immersos durant llargues estones dins l'univers d'un llibre que, algun capvespre d'estiu, desprenia també certa olor salobre d'algues perfumades que envaïa tota l'estança. Abandonàvem els tropells de la jornada just en el punt en què el nostre esguard coincidia amb la primera lletra del text, en què els nostres ulls copsaven el sentit de la primera frase, en què s'introduïen en el món infinit del primer paràgraf..., i obteníem a l'uníson la sensació plaent de dur una vida de ciutat molt més blava.

En un clar paral·lelisme entre la nostra quotidianitat i aquell volum de pàgines apassionants, uns dies vam aprendre a lluitar contra l'embat de les ones, i uns altres dies, a saltar un tropell d'ones embravides. No tot es basava a prendre tranquil·lament el sol a coberta. Hi havia moments efímers de maror, moments predominants de bonança. Si més no, com a capitans del mateix vaixell, responsables de dirigir el timó amb bon

criteri, anàvem sortejant la tempesta amb l'objectiu d'evitar sempre el naufragi. I en qualsevol cas, cercàvem, encoratjats, la llum del far a dalt del monticle.

Vam saber, molt aviat, que poder gaudir de les bondats d'un mar en calma requeria una atenció acurada, renovada des del cor amb cada sol ixent, sense oblidar-se'n cap dia. I és obvi que per a assolir l'estabilitat cada dia, cal treballar, sense defallir, la importància de l'instant. Certament que, tot nedant, hi podia haver una situació de ressaca que ens impedís d'avançar o una xarxa que ens atrapés sense deixar-nos moure. En algun moment, tot navegant, podíem notar la sensació d'anar a la deriva. Calia aprendre de nedar en diversos estils. Nedar contra corrent, si feia falta. Fer equilibris dins de l'aigua. Res no era tan letal com l'actitud indiferent, les hores semblants o l'endemà previsible.

A la fi de cada tarda, en reviuire els diferents apartats del llibre, vam trobar la nostra fórmula secreta de continuïtat com a parella que es revela cada cop més unida, vam trobar un al·licient que atiava la nostra imaginació quan la vida normal amenaçava de no oferir ja grans sorpreses, i el tedi pugnava sibil·linament per establir-se.

Aleshores, copsant l'avís de perill que ens enviava la nostra intuïció sempre amatent, ens endinsàvem en el vaivé d'aquella lectura marina i, en acabat, en parlàvem, sorgia un diàleg amè, un intercanvi de parers i d'aportacions propis, a vegades coincidents, a vegades dispars, que creaven aquell clima d'expectació renovada on cap dia no era igual a l'anterior, i aquell estímul ens apropava amb curiositat creixent. No solament seguíem junts movent-nos per costum en el mateix espai de la casa, sinó que teníem un motiu incitador per cercar la nostra proximitat.

Així doncs, sense un ordre establert, exposàvem les sensacions i els sentiments que ens suscitava aquell text invariable que llegíem amb to confident, però també proposàvem situacions noves, contraposades, inimaginables, suplantant el rol dels personatges sota diferents facetes i perfils; alteràvem les circumstàncies, afegíem altres escenes, debatíem sobre l'inici i el desenllaç d'una obra precursora de l'emoció que ens calia abastar per seguir activats. I sempre amb el mar de fons, reescrivíem oralment, a partir de la inspiració del moment, aquella novel·la ja escrita. Després, respectàvem l'original tal com havia estat concebut pel seu autor, i el desàvem al prestatge com el llibre especial que ens ajudava a mantenir la comunicació de parella que, tal vegada, hauríem anat perdent de mica en mica. Potser per badar, potser per inèrcia, potser perquè algunes coses no es veuen venir i s'instaura un costum de silencis enclaustrats que ja no malden per assolir paraules que els alliberin, malgrat que tot sembli normal. Perquè la rutina en una parella acaba essent normalitat.

Cadascun de nosaltres seguia un capítol. El nostre punt de vista individual, des dels respectius vessants masculí i femení, era igualment vàlid i s'enriquia en manifestar-lo conjuntament. Ningú no estava per sobre de ningú, perquè cada aportació arribava a l'alçada inqüestionable de l'opinió pròpia. En acabat, ambdós incidíem en els paràgrafs que consideràvem més significatius. L'un llegia, l'altre escoltava. L'un mirava el llibre com a lector, l'altre mirava l'altre mentre llegia. A voltes, es donava el cas que l'un aixecava la vista de la plana, es trobava amb els ulls de l'altre de sorpresa i ens foníem en una mirada de fascinació mútua que recordava l'encant, en un temps passat, d'aquella primera mirada. Mirar-se, allò tan diferent de veure's cada dia. Malgrat ser algú tan conegut, descobrir-se encara. Redescobrir en aquell interval de recreació que aquell rostre assidu seguia tenint aquella piga tan sensual a frec dels llavis.

Amb l'ànim d'aprofitar tots els privilegis creatius que ens brindava el llibre, havíem assajat de fer també un disseny propi de la portada, i vam substituir el traç ja existent d'una platja solitària a trenc d'alba per una creació més adaptada a nosaltres, com ara una petxina semioberta a tocar del mar i dues mans difuminades enllaçant-se en el punt d'unió de les valves. Al costat, escrit sobre l'arena, el títol de la novel·la desdibuixat per l'aigua, el qual variàvem en funció dels canvis que havíem introduït aquell dia i que recitàvem per tal d'escollir el que més hi esqueia: Àncora de salvació, per posar un exemple dels títols que més ens agradaven. Fos com fos, la paraula salvació, en les seves diferents variants, mai no es modificava, es repetia gairebé sense adonar-nos formant part essencial de la història.

A la primera pàgina, substituïem la dedicatòria habitual escollida per l'autor per una altra de breu que ens pertanyia i que, un cop vam decidir-la, no va admetre esmenes posteriors, amb un rerefons que ultrapassava el seu significat estricte: «A tu i a mi (salvats pel mar), sempre nosaltres.»

Després de fer-nos al mar durant una estona intensa, intensa com totes les estones que són realment compartides, tornàvem a port, tancàvem el llibre i entràvem a la cuina tots dos a preparar el sopar.

I en acabat, dins del llibre, la nit tatuava d'estels daurats la pell fosca del mar, mentre dins de casa cadascú es lliurava als seus temes personals, a les seves aficions, a les seves dèries, a la seva individualitat, perquè el mar també se separa de la platja després d'un bes, i la platja també posa sorra pel mig quan convé.

Amb els anys, no sempre començàvem l'aventura pel principi. Algun cop, doncs, obríem el llibre a l'atzar, i navegàvem mar endins a l'encaç de qualsevol de les seves opci-

ons sempre suggestives. Però és veritat que, per similitud amb certa etapa de la nostra vida en comú, teníem predilecció per un capítol en concret que invariablement se'ns feia curt, perquè a la realitat havia estat curt, i amb la perspectiva del temps, més curt encara. Era allà on rememoràvem els matins fent flams de sorra amb cubells alegrement decorats amb dofins i tortugues; matins de pales i rasclets, d'estels enlairats i de pilotes alades, de crits i rialles infantils que componien aquella aquarel·la irrepetible creada per nosaltres.

Les jornades meravelloses de platja van deixar de ser només nostres per a esdevenir també de tres integrants més que heretaren, com un calc divertit, els seus cabells rebels i el meu posat ferreny, la nostra imatge barrejada. Si més no, un a un, seguint el propi ritme, un dia ens deixaren els para-sols plegats i la platja deserta. I vam continuar avançant tots dos sols com al principi, però ja de forma més pausada, cedint amb un somriure conformat fragments del nostre cor que ja no ens pertanyia només a nosaltres, si bé aquelles petjades trapelles restarien gravades junt amb les nostres petjades sobre l'arena infinita de la vida...

Sabiem que, quan un dia ens costés de caminar i calgués abandonar les sandàlies darrere les dunes, seguiríem avançant sense impediments a través de les pàgines del llibre, fins i tot fent vela, fent surf, fent esquí aquàtic...; seguiríem notant l'impacte de les onades en els turmells nus, els cristalls adherits a la pell sense causar ja ferides; seguiríem recorrent amb els peus àgils de la imaginació senders de platja, venint de lluny en el temps i avançant en el temps vers la llunyania cada cop més propera...

I quan un de nosaltres dos, arraulit ja tot sol en un racó del sofà, agafés aquell llibre del prestatge polsós, hi trobaria sempre la màgia de no haver envellit mai entre pàgines antigues, i el record permanent de l'amor dolç de la nostra lectura compartida.

L'autora

Soc de Barcelona i tinc seixanta-cinc anys plens a vessar de lletres, de manera que no recordo cap etapa de la meua vida sense la profunda vocació d'escriure. El tema que apareix en aquest relat, és a dir, la monotonia que s'instaura en silenci a la vida de parella, és un tema tan dur que només l'he pogut tractar en clau de romanticisme.

Lánguida y mustia, como los geranios de las jardineras del salón que había olvidado regar aquellas dos últimas semanas, María miró la quietud espectral de la noche a través de las ventanas y le pareció patético que la flor del bonete del obispo luciera azul cian con un ribete naranja fosforito. Seguramente a la suegra se le habrá acabado el croché amarillo palo, pensó. Sí, se dijo. Entonces recordó que lo había usado para tejer su mascarilla de punto cangrejo. Herminia le había preguntado si la prefería estampada o a rayas. Mejor tupida y discreta, le respondió ella. La verdad es que le repateaba que le hubiera tejido ex profeso una mascarilla para ir a aquel nuevo trabajo de reponedora de congelados y no se le pasó por la cabeza que, acaso, era la única manera que la anciana disponía para mostrar el aprecio y apoyo que sentía hacia ella. María pensaba que, más que apoyo, con su recién estrenada viudedad sobre las espaldas, le había caído una pilastra teniendo que hacerse cargo ella sola de aquel hijo hiperactivo y de una vieja achacosa, cargada de obsesiones. Pues, ¿de qué otra forma podía catalogarse aquel empeño de henchir la casa de croché?

El portarrollos del papel del váter, el felpudo del trapillo de la entrada, la docena de portamacetas colgantes del salón (María recién caminaba encorvada, casi serpenteando para no golpearse la cabeza al mínimo despiste), la pecera seca con las anémonas y los corales, las muñecas flamencas amigurumi de los llaveros e incluso el hipopótamo a modo de tope cortavientos de la galería lucía ensamblado con el ovillo y el ganchillo a media vareta, cadeneta, bodoque o punto de salomón, definitivamente rematado, con una destreza y pulcritud exquisita, María afirmarí que incluso desquiciante. Doña Herminia, ganchillo en mano derecha, corazón en un puño, rosario y ovillo entre los dedos de la izquierda, tejía y rezaba. Aunque de bien poco sirvieron sus oraciones (o tal vez sí, ya que la anciana solo imploraba a Dios que no la reingresasen en aquella residencia apestada de viejos infestados de coronavirus) y bastaron quince días y medio para que su primogénito Joaquín, fumador empedernido, ingresara en la UCI y no pudiera esquivar la muerte.

Doña Herminia solía advertirle que el tabaco lo mataría, el sedentarismo mata aún más le replicaba su nuera, fue el coronavirus o una mezcla de los tres, así que mejor callarse y estar a bien con quien tiene el poder de decidir si estaría mejor en el asilo Mis Años Dorados. Y de camino al trabajo, María no puede impedir que le lleguen, desde aquel día que se enamoró y tras catorce años de feliz convivencia conyugal, la sonrisa imborrable de Joaquín, sus bromas, las escapadas, las rutinas, claro, pero también las caricias y la felicidad de aquella criatura entre sus brazos; ya que... ¿quién iba a decirle

que, después de los cuarenta, sería madre de un bebé tan gordito, sano y hermoso? Para eso hace falta más que una caja de bombones, un apartamento en la playa, un marido que tienda la colada todos los días sin chistar, con el pitillo en la boca, una suegra en la residencia, y la billetera bien abierta. Luego, a lo hecho, pecho, piensa, y otra vez le vienen a la memoria las palabras de Joaquín: «Nos toca apechugar con este crío tan movido y con todo el temporal que nos caiga encima, nena, no queda otra». Efectivamente, no le quedaba otra que luchar como una loba y como prueba de su tesón feroz para lidiar con todo, tras la quiebra de la agencia de viajes de Joaquín, María se ha buscado un trabajo nocturno, de apenas contacto humano, que le evite exponerse al virus y contagiar a los suyos. El toque de queda comienza a las once, así que, a partir de ese momento, por la calle apenas pasean cuatro gatos.

La suegra recién instalada en lo que fue su dormitorio marital (y ante la imposibilidad de poder seguir pagando la residencia para así contribuir a la economía familiar con lo poco que le había quedado de la jubilación) le ha tejido una mascarilla y una faldriquera a conjunto. «Para que te guardes las llaves, un moquero, esas cosas de las mujeres y la tarjeta de crédito. Chiquilla, no te vayas a pensar que no estoy al tanto de que los taxis ya no aceptan dinero en efectivo». María acepta la ofrenda con una sonrisa ecuánime. Le replicaría recitándole aquel poema de Alfonsina Storni que dice: «Yo soy como la loba. Ando sola y me río del rebaño. El sustento me lo gano y es mío. Donde quiera que sea, que yo tengo una mano que sabe trabajar y un cerebro que es sano». Pero no tiene ánimos para rebatir y sale de casa con la faldriquera puesta, bajo la blusa. Piensa que no merece la pena enzarzarse con la suegra en una discusión sin sentido. Está hasta los mismísimos de sus ponchos, los bolsos, los chales y las bufandas a conjunto. Pero en vez de dar a conocer su parecer sobre la necesidad de una faldriquera a juego con la mascarilla de punto de cangrejo, sonríe y juega al despiste. Al fin y al cabo la anciana, después de guisar el potaje del día, no tiene otra cosa mejor en qué entretenerse. Y debe admitir que tiene mucha mano con Óscar, ya que el chaval la obedece a pies juntillas, lo cual (con el colegio cerrado por ocho grupos consecutivos confinados) es un alivio tremendo.

María se pone los zapatos, finge haber olvidado el volante del permiso de circulación nocturna en el dormitorio y parte victoriosa hacia el trabajo: cuando mañana regrese a las seis de la madrugada después de una extenuante jornada apilando y reponiendo langostinos y los listos al plato Friodoro, su espacio vital no se habrá visto invadido con otro improvisado puf de tricot, una funda a cuadritos y flores colgantes a punto de cadena para la pantalla de la lámpara o una recién hilada bolsa del pan, ya que en

Amazon el pedido más rápido de un set de tricot tarda más de cuarenta y ocho horas.

María se toca la faldriquera y comprueba que el ganchillo de la suegra está a buen recaudo en su interior. Mientras aguarda que el semáforo del paso de peatones se ponga verde (no vaya a ser que lo atravesase una ambulancia echando leches o un coche fantasma), confirma que ya dejó atrás la ronda del Guinardó por la empinada cuesta de la calle Cartagena. Segundos después, diría, o cuando apenas cree que le faltan doscientos metros, ya está frente a la puerta de Friodoro. «Aquí hace mucho frío, Doro», recuerda la anécdota que le contó el dueño de los nuggets de pollo frito que su mujer guisaba y le llevaba al almacén para congelar. Luego, se justificó, comparándose con la competencia: «Estaban sabrosos los calamares a la romana y los canelones de atún, pero llamarle a un langostino Rodolfo, con su Llévame a casa... ¡Menudo ingenio, tienen los publicistas!», prosiguió contándole Doro, «como aquel inmigrante polaco que bautizó con el nombre inventado de Häagen-Dazs a sus helados porque sonaba a escandinavo y todo el mundo los tomó como tal. Más tarde, incluso se atrevieron a que el packaging de sus tarros incorporasen un mapa de Escandinavia».

Cruceros y Viajes, Joaquín fue más sobrio con la agencia, recapacita María. Todo iba viento en popa. Organizaban cruceros al Caribe, safaris en África y viajes a Japón. No había mes que no hicieran una escapadita por todo lo alto a algún lugar romántico. Dejaban a Óscar con la canguro y, después de unos tratamientos intensivos de relax y placer, regresaban con las pilas puestas para trabajar con más ganas. Pero todo aquello había quedado atrás: la pandemia los dejó en la ruina en un abrir y cerrar de ojos (o mejor dicho en un índice de rebrote de doscientos veinticinco puntos y una velocidad de propagación del virus de dos y medio: cifras, solo cifras que María no entiende, salvo el descubierto de 50 812 euros en la cuenta corriente). Ahora solo quedaba una maratoniada jornada nocturna reponiendo mercancías en esos morrocotudos arcones. Si se cae muerta dentro, ni la encuentran, se aflige María; como poco cabrían tres muertos más y trituraditos podrían venderlos como proteína animal alta en calorías.

María se encarama por un alzapié para alcanzar los Bocados en un minuto de la estantería superior. Le duele admitir que la suegra tenía algo de razón cuando propuso vender el piso y volver al pueblo, llevar una tranquila vida rural, lejos de la bulliciosa vida urbana. Luego, para dar más peso a sus argumentos, le insinuó que aquel trabajo era para hombres. Ella se limitó a contestarle que no existían profesiones exclusivas para hombres u otras más adecuadas para mujeres. Aunque era innegable que aquellas estanterías tuvo que montarlas un fornido instalador de metro noventa y que, ni por asomo, tuvo en cuenta que algún día trabajaría allí una mujer tan menuda como ella.

Agarra las cajas de precocinados, las apila de cuatro en cuatro y las va depositando torpemente en la encimera inferior. Los gruesos guantes de neopreno, un poco grandes a pesar de ser de la talla más pequeña, le resultan incómodos y piensa que menguan su destreza de movimientos. La palabra destreza le hace evocar la imagen de la anciana apoltronada en el sofá, tejiendo los hilos de su aciago destino: «Niña, por mí y el nene no te preocupes, que tejer me mantiene desenredada. Pero si insistes en trabajar de noche, ponte este poncho, ya verás que abriga más porque está tejido a mano». Cierta es que ella nunca será tan mañosa como la suegra, pero cree que lo suple con una dosis adicional de ingenio y sentido común, y a ese ritmo, o le quitaba el ganchillo a la vieja por unos días, o de vuelta a casa le iba a dar un jamacuco cuando se encontrase las paredes tapizadas de croché. Les toca el turno ahora a las bolsas de buñuelos de bacalao. Qué fastidio, no hay manera de bajarlos de un tirón. El tirón que le va a pegar como siga haciendo ese repetido movimiento con el hombro con un frío polar que le paraliza las articulaciones, por más que intente convencerse de que su cuerpo se ha ido acostumbrando.

Apenas lleva cuatro días y debe admitir que ese trabajito la está matando. Le entran ganas de desplomar de una vez todas las bolsas de buñuelos, pero no puede correr el riesgo de que se rompan. Están tan congelados que parecen piedras, se lamenta, y los objetos duros se vuelven quebradizos. ¡Eureka!, ¿cómo no se le había ocurrido antes? Si encaja un carrito encima de otro, podrá meter allí dentro un montón de paquetes y bajarlos de una sola vez. María sonríe satisfecha, «valiéndose de sus trazas y mañas», como solía elogiarla Joaquín, y se dirige hacia la entrada del almacén. Mira de soslayo el reloj colgado en la puerta de la cámara frigorífica (las tres y media de la madrugada) y regresa con la batería de carros verticalmente ensamblados. Coloca el alzapíe a tocar de estos y empieza a subir cuando, súbitamente, un zum-ta resuena a sus espaldas. Zum-ta, le da un vuelco el corazón a su vez tras escuchar el muelle retenedor de la puerta. Y, por más que sabe que apenas debe pulsar el botón rojo de apertura ubicado en la parte superior de la puerta, tiritita más de terror que de frío. De nada le sirve pensar en las medidas de seguridad y decirse que un experto ducho en la materia elaboró un minucioso plan de emergencia a fin de minimizar los riesgos laborales que conlleva el estrés térmico con la agravante de nocturnidad. Todo se andará, María se muerde el labio, dudando; sobre todo que una mujer menuda golpee sin querer la puerta de una cámara frigorífica y haga saltar el frágil muelle retenedor que debería haberse reemplazado en el mantenimiento anual, aquel que no llegó a realizarse porque decretaron el estado de alarma, luego vino el confinamiento, el cese temporal, la reapertura de Friodoro con el presupuesto menguado y media plantilla despedida, la estratagema de contratar tra-

bajadoras hacendosas porque se las puede pagar bastante menos por el mismo trabajo que antes hacían un par de hombres, bendita sea la brecha salarial, porque nadie (los hombres, el patrón) quiere cambiar: el estatus, las personas y todos los bienes que poseían antes de la pandemia quieren seguir perteneciendo y estando en donde estaban. En el caso de la puerta, eso implica que ha quedado atascada.

Pero no es la puerta quien manda, piensa María, es el fornido instalador de metro noventa, ducho en su materia, que ubicó el piloto rojo a una altura de dos metros y veinte centímetros, por encima del marco superior de la puerta. Desesperada estira el brazo encaramándose en el asiento del carrito de acero inoxidable. «Ay, si pillas una hipotermia, hija mía. El frío es malísimo para la salud. ¡Si lo sabré yo! Menudo frío padecí de chiquilla en el caserón de mis padres, con un pequeño brasero que no alcanzaba a calentar. A mí me haces sufrir, ten presente que las mujeres somos aún más sensibles al frío». Un frío siberiano para no romper la cadena térmica de los congelados, tiritando, mientras un estremecimiento le recorre el espinazo. Vuelve a estirar el brazo tan arriba como le resulta posible, da un pequeño brinco, sin importarle lo más mínimo si se cae de bruces y se resiste a aceptar lo que es evidente: no alcanza a pulsar, no da la talla.

Se palpa el plumón que cubre su minúsculo y escuálido torso, ¿qué espera encontrar?, ¿unas pinzas para golosinas, una espátula? Debajo apenas lleva una blusa de satén, una camiseta térmica y unos leggings (las pocas piezas que no pudo tejer la suegra). Además, recapacita, mientras vuelve a extender el brazo al máximo, no es que falten un par de milímetros para alcanzar el pulsador, sino unos quince centímetros.

María se baja de la banqueta y empieza a dar pequeños saltos para mantenerse caliente. «Todo está bajo control», le había asegurado Doroteo Mínguez, el dueño de la famosa cadena. Luego comienza a soltar ajos a voz en cuello, hijo de la gran puta, se caga en sus muertos y jura que si sale de esta le hace picadillo la lengua con un punzón.

¿Quién dijo que la muerte de los congelados era dulce?, ¿un experto doctor que había dejado morir de ese modo a uno de sus pacientes para irselo preguntando?, o ¿alguien que había resucitado para contárselo? Sabe que será en vano ponerse a berrear o a golpear la puerta. Tampoco le va a servir de nada enviar un mensaje a Óscar o a la suegra. Y, a decir verdad, prefiere no alarmarlos. «Todos duermen, Joaquín, y yo no hago otra cosa que pensar en ti. Cumplí la promesa de no ingresar a tu madre en el geriátrico, así que, por favor, échame un cable o mándame un mensaje desde el más allá. Más que nada porque si me duermo para reunirme contigo, no sé cómo diantres se las apañarán ella y el nene. Venderá jerséis de tricot, hay para todos los gustos, si

no nadie se enfundaría en un suéter de calceta, mira que si se hace rica así...», piensa y se ríe mientras le castañetean los dientes, «a lo mejor hasta me retira y puedo vivir de rentas, porque este trabajo me está matando», siente un pitido en los oídos, como si estuviera sufriendo un ataque de pánico o como si hubiera tenido una revelación: acaba de admitir a Joaquín que ese trabajo la está matando en el sentido más literal de la palabra, y justo es lo que le está pasando, lo que él le ha confirmado desde el más allá; hacerle ver que muy pronto estarán juntos. Por descontado, no es lo mismo morir sabiendo que se va a morir que morir sin saberlo, ya que saber indica la posibilidad de elegir. Y María se considera a sí misma una superviviente, una vieja loba de mar que se las sabe todas. «Lloraría de rabia, Joaquín, pero se me helarían las lágrimas y ya sabes aquello de que si abres las puertas del infierno, no llores cuando entre el frío». Entonces mira su Omega y le viene a la memoria aquel viaje que hicieron a la Patagonia. Fue el último, se lamenta. El 2 de julio del año anterior a la pandemia, pero allí era principios de su invierno austral. El viaje de ida se le hizo larguísimo porque, con los tejemanejes de Joaquín por conseguir billetes low cost, de Barcelona viajaron a Madrid y de Madrid a Buenos Aires; eso sí, con la propina de una «escala técnica» en Tenerife. Suerte que ese amiguete suyo de British Airways les consiguió dos asientos de clase ejecutiva. «Hasta nos sirvieron una copa de Moët & Chandon, aún siento en el paladar las burbujas», ve sus labios morados reflejados en la refulgente chapa metálica del arcón. «El sherpa que contratamos, ¿cómo se llamaba?, tenía el mismo nombre que ese futbolista tan famoso que ahora pilló el coronavirus y aun así no consigo recordar su nombre. Bueno, tampoco es para rasgarse las vestiduras, olvidar un nombre no tiene por qué ser sintomático de alguna enfermedad de fondo». María recuerda que el guía le contó que una persona puede morir congelada en apenas veinte minutos. Y por culpa de aquella ola polar se quedaron sin poder visitar el glaciar Perito Moreno. Qué rabia, después de haber viajado tan lejos... Entonces Joaquín, para aliviar su pena, le regaló aquel Omega analógico de muñeca que diseñaron para el proyecto Alaska y que tras ser sometido a pruebas a setenta grados bajo cero, donde los dispositivos electrónicos podrían fallar y congelarse, seguía funcionando a la perfección. Aquel Omega que ahora marca las cuatro menos cinco de la madrugada. «¡Rediez, Joaquín!, si no te sigo contando es porque se me va a congelar la saliva y creo que el frío también me está nublando el pensamiento». María sabe que la fatiga y la soledad son los aliados perfectos de una hipotermia. Acaso por tal motivo insiste en entablar un monólogo con Joaquín. «Sí, después de los escalofríos y la torpeza, te ataca el sueño», le dice, «y después viene la pérdida de la memoria. Ay, chato, tú y tus bromas, ¡cuánto las echo de menos! Te imagino diciéndome que me quejo de vicio, “ya ves, nena, hasta la crioterapia de

cabina para calmar los sofocos te va a salir de balde". Pues, fíjate, se me ha helado todo menos el chichi. Lo tengo tapadito con la faldriquera que me ha tejido tu santa madre para que me guarde dentro...». A María le entra la risa nerviosa y mientras ríe nota que el entumecimiento se le ha extendido por las mejillas y las orejas, expuestas al frío. Además, advierte que ya no siente el hormigueo que le invadía los dedos de los pies, sino que un súbito arrebato de calor (que no atribuye a uno de sus acostumbrados sofocos) la impele a levantarse de un brinco. «¡Me cago en la leche, el ganchillo de tu madre!» Algo aturdida, saca fuerzas de flaqueza para subirse con denuedo a la banqueta, abrir la cremallera de la faldriquera, agarrar con la mano derecha fuertemente el ganchillo que le quitó a la suegra y estirar el brazo hasta conseguir clavar (como quien clavaría una estaca en el corazón de un vampiro) la aguja de croché en el pulsador rojo. Acto seguido el muelle cede y el mecanismo de la puerta queda desatascado. Cruza el umbral hacia la vida terrenal. Con cuidado retira las lágrimas congeladas de su rostro, carraspea y por fin rompe ese nudo que le oprimía la garganta y grita; es grito desahogado tras veintiocho minutos cronometrados que le han parecido una eternidad. Apenas le quedan fuerzas para insertar una moneda en la máquina y tomarse un chocolate que le haga entrar en calor, regresar a casa, contar lo sucedido y abrazar a Daniel, y a su suegra, que la regañará con cariño por haberse expuesto: «Véndete el piso, María, y nos mudamos al pueblo». Sí, la anciana tenía razón, deberían alejarse de la contaminación y del virus, llevar una vida más tranquila y más adaptada a la medida humana.

Sin embargo, primero quiere pasarse a comprar en La Oveja Negra unas madejas de mohair y cachemira. «No deberían llamarse así», María se rinde al sueño hecha un ovillo, «la mejor lana es la de las cabras». «La cabra negra tendría muy poco gancho, cari», le susurra Joaquín en sueños. «¿Por qué mejor no abres una mercería, a medias con mamá, allá en el Madroño y la llamáis Trazas y Mañas?».

L'autora

Em costa dir coses de mi. Tanmateix, deixo una cita que m'agrada:

Hay que empezar con la voluntad de que aquello que escribimos va a ser lo mejor que se ha escrito nunca, porque luego siempre queda algo de esa voluntad. Gabriel García Márquez

—El teu pare es morirà!

La veu venia des del balcó del primer pis. La nena que va pronunciar la maleïda frase no em va caure mai més bé. Tenia la cara pigada i uns cabells castanys desordenats que li tapaven l'ull esquerre. S'agafava als barrots de ferro forjat i recolzava el front contra el metall fred. La vaig observar des del carrer mentre m'escopia les paraules amb ràbia. I teu pare es morirà. La por em va acompanyar fins al portal de casa. El silenci del menjador el van trencar les meves passes.

—Hola, pare, avui com et trobes? —I ell em va pintar un somriure lleu mentre m'assenyalava el sol amb el dit.

—Quin dia més esplèndid! —va dir amb un filet de veu tan prim com els seus llavis.

Van haver de passar unes quantes hores fins que vaig poder estar a soles amb la mare. Tornàvem a Barcelona amb cotxe. L'endemà teníem escola i els meus germans i jo no hi podíem faltar. No m'havia plantejat la mort del meu pare fins aleshores. Tenia onze anys i no tocava. El recordo alt com un sant Pau. Vital. Sempre ple de projectes. Ens feia petar de riure amb les històries que explicava a l'hora d'acotjar-nos. I ens adormíem amb aquell somriure. Portava un barret negre d'ala ampla que anunciava la seva presència a cada pas.

Quan la mare em va dir que sí, que el pare es moria, i que no li quedava gaire temps de vida, un ganivet roent em va foradar l'estómac. Era afilat com una mala cosa. Aquell dolor encara ara el recordo. Apareix i desapareix. Torna quan menys l'espero. I quan ho fa em recorda que la vida és finita. I és allà on comença el buit.

Una setmana més tard, el pare es moria. Vam seguir la tradició i al poble vam vetllar-lo durant tres dies i tres nits. La Tanit, el Marc i jo pujàvem a veure'l. Ens asseiem al terra de fusta de l'habitació. Els seus quasi dos metres ocupaven tota la llargada del llit. Ens estàvem estona al seu costat, fent-li companyia. Jo fins i tot li vaig sargir un coixí de llana tal com m'havia ensenyat l'àvia. En algun moment el vaig col·locar sota les seves mans creuades. I allà s'hi va quedar fins que el van introduir al taüt. No recordo si amb coixí o sense.

El pare va desaparèixer. No el vaig veure mai més. Amb les setmanes, el tel que s'interposava entre ell i jo es feia cada cop més dens, més opac. Amb ell va marxar la

seva olor. Vaig veure com la nena que havia estat fins ara m'abandonava per la porta gran de casa. Em va dir adeu amb la mà mentre em deixava anar un que tinguis sort molt fluixet a cau d'orella. I sense permís, el caos va entrar per la porta de casa.

La mare no va poder gestionar el dolor, la soledat, la ridícula idea de no tornar-lo a veure. Ella també va desaparèixer. Els bars, el de sota casa i els de tota la ciutat, van convertir-se en el seu espai predilecte per oblidar, per negar la por i per enfonsar-se. Va descuidar els seus tres fills. Teníem onze, deu i vuit anys. Érem unes criatures que de la nit al dia vam haver d'enfrontar-nos a una realitat sense pares. Potser per això o potser perquè ja era així de naixement, vaig construir un món paral·lel, fantasiós i divertit i vaig combatre aquell dolor immens amb la fortalesa dels nens.

Diuen que la pàtria és la infància. La nostra va ensorrar-se com una pastera en ple Mediterrani. Encara ara notem els efectes del naufragi.

Vam normalitzar rutines difícils d'entendre. Els tres, petits com érem, agafàvem els Ferrocarrils de la Generalitat. Sols. Ningú ens deia res. Ningú se sorprenia. Ningú ens va preguntar mai que fèiem allà sense cap adult. Baixàvem a l'andana, ens esperàvem al primer tren i pujàvem al vagó més buit. El final de trajecte s'anunciava pels altaveus i pujàvem aquelles escales interminables fins a la Rotonda, la plaça que hi havia sobre l'estació. I entre lleganyes i pors mal amagades, tiràvem cap amunt. El Tibidabo ens guiava cada dia fins a l'escola. Ell mai fallava.

Vaig aconseguir tornar a riure. De fet, tot em feia gràcia. I esclafia a riure per ximpleries. I em divertia amb la Tanit i el Marc. Ells tampoc fallaven. Buscàvem com autèntics supervivents la part positiva de la vida. Havia de ser-hi. Rèiem per bajaranades, ens protegíem de la por darrera la cuirassa de la comèdia. La vida és una tómbola tom tom tómbola. Va ser una manera de suportar una situació insostenible. Entre els tres va créixer un lligam indestructible. I el mateix tel cada cop més opac entre el meu pare i jo va cosir un llaç etern entre els tres germans. Com que era la gran, vaig jugar la carta de la mare. I tenia una mica més de responsabilitat sobre ells. Jo guardava els pocs diners que trobava sobre el marbre de la cuina. Portava el bitllet de tren. Decidia els menús del dia a dia. Esperava els meus germans a la porta de l'escola per tornar a casa. Durant les hores lectives, i sense que ell ho sabés, vigilava el meu germà petit. A l'hora de dinar des del pati controlava els seus moviments. Patia per si algú el tractava malament. No ho podia suportar. M'haguera enfrontat amb els punys a qualsevol que li hagués fet mal. Per sort no va caldre.

La mare continuava perduda. De fet mai la vàiem. I nosaltres vam anar tirant. Sols. Qui dia passa, any empeny. I vam empènyer cinc anys, amb les seves setmanes i els seus mesos. Els moments difícils van ser-ho molt. La Tanit en algun moment es va despenjar i va marxar a viure sola al poble. Tenia tretze anys. A vegades apareixia per l'escola. Jo l'intentava controlar. Feia el que podia, tampoc era molt més gran que ella. Trucades intempestives des del telèfon del menjador van servir perquè finalment tornés amb nosaltres. Altre cop érem tres. Jo vaig tenir moments de soledat que el meu món de fantasia no va poder enganyar. Alguna professora de l'escola va eixugar-me llàgrimes esporàdiques. Algun professor s'extralimità aprofitant una esclatxa de vulnerabilitat. Jo en tenia prou amb tot el drama i no vaig dir res. Vaig callar. Tot silenci. De fet, només recordo un petó fastigós. La resta ho vaig esborrar de la memòria. Per supervivència. Tenia tants fronts oberts que només em faltava fer-me càrrec d'aquell atac nauseabund. Com en saben els fills de puta, d'escollir les víctimes!

Vaig fer setze anys i de regal d'aniversari la mare va decidir anar a Alcohòlics Anònims. Recordo els grups de suport de l'associació com un autèntic miracle. Ens van tornar l'ordre i l'estabilitat tan desitjats. I sobretot ens van escoltar. Escoltar. Feia tant que ningú no em mirava als ulls i em preguntava com estava. Ja no érem una nosa, ja no érem l'excepció, la raresa.

A les nits plorava. Em vaig permetre ser petita altra vegada. La mare no podia fer res més que acotar el cap i aguantar la nostra decepció. Havies de ser una mare exemplar. A on eres? Les excuses van prendre mil formes. No n'hi havia prou. I aquests anys orfes ens cremaven l'ànima i els vaig amagar dins una caixeta negra en un racó fosc del meu cervell. Vam tornar a la normalitat. Més o menys.

Els meus germans necessiten parlar d'aquells cinc anys, desfogar-se, queixar-se, cridar als quatre vents, per què? Per què ningú ens va ajudar a gestionar la mort del pare. Tant a nosaltres tres com a la mare. Ells em parlen d'episodis foscos, de temors, d'anys d'inquietud i incerteses, de tristor, de pena i desconsol. Jo recordo aquells anys en una petita bombolla. Estàvem sols, sí, però estàvem bé. Ens vam espavilar i la família de tres que vam formar són els fonaments de qui som ara. A mi m'ha servit. La Tanit diu que no, que a ella aquella temporada la va trencar per dins. El Marc encara arrossega hores de psicòlegs. Ells em fan veure que no va ser tot un episodi de superació. No! Anàvem bruts a l'escola, diuen, i a vegades no sabíem què menjar.

Jo no ho recordo. Per això no m'agrada parlar amb ells d'aquells anys. No vull parlar més del meu passat. Com la mateixa paraula diu, passat està. I superat.

—Mira, pare, quin dia més bonic que fa avui. I quin sol tan esplèndid!!

L'autora

(Barcelona, 1973)

Llicenciada en història de l'art per la Universitat de Barcelona.

Esriptora de relats formada a l'Ateneu Barcelonès. Les meves obres tenen un eix vertebrador al voltant de la figura de la dona. El 2019 vaig guanyar el primer premi de les Homilies d'Organyà (Premi Lletres de Dones) i un cinquè premi al IV Concurs de Relats Insòlits.

Actualment treballo en la meva primera novel·la.

dones
despí